

Hugo Sánchez

EL DESEO
DEL

JEFE

TRILOGÍA «HÉCTOR» 1

EL DESEO
DEL
JEFE

TRILOGÍA «HÉCTOR» 1

EL DESEO
DEL
JEFE

TRILOGÍA «HÉCTOR» 1

Primera edición.

El deseo del jefe. Trilogía «Héctor» nº1

©Hugo Sanz

©Septiembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

El deseo del jefe. Trilogía «Héctor» n°1

©Hugo Sanz

©Septiembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Mis redes sociales:](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Mis redes sociales:](#)

Capítulo 1



—Vania, hija, ¿todavía no me has preparado esa infusión? Las he visto más rápidas.

Qué paciencia debía tener. Luego llegaría mi hermano Tony y para él serían todas las sonrisas. Claro, como el señorito venía de ese módulo de electricidad en el que se había matriculado, solo faltaba que tuviera yo que ponerle las zapatillas por delante, no fuera que se herniara.

Eso había sido así de toda la vida de Dios y seguiría siendo. Mi madre tenía una venda en los ojos con Tony, que más que una venda eran unas cortinas enrolladas. Mi padre también se lo decía, pero ella zanjaba la polémica argumentando que éramos dos celosillos y ya, punto redondo.

—Mamá, ahora mismo te la llevo porque, aunque a veces se te olvide, no tengo cuatro brazos y estoy terminando con el guiso de patatas antes de salir con Marta a repartir los currículums por el barrio.

—Ya, ya, con Marta y a repartir currículums, ¿no será más bien que quieres irte con ella de zascandileo como todas las mañanas? Porque tú, con tal de quitarte de en medio, eres capaz de hacer cualquier cosa, que parece que te diera alergia la casa. Y ella ¿no tenía trabajo? ¿o es que ya la han echado?

—No la han echado, mamá. Está de vacaciones.

—Ah, yo qué sé, como a vosotras los trabajos no os duran...

—Es verdad, mamá, no como a Tony y a sus amigos, que esos sí que van para empresarios de éxito. Di tú que no le quiten el puesto a Amancio Ortega, que todo puede ser.

Alergia la casa no, me daba claustrofobia estar allí sola con ella, pero qué remedio... No habíamos pasado una época fácil, pero todo habría sido mejor si mi madre no tuviese ese dichoso carácter y esa pasión desmedida por Tony, pues su comportamiento para con él suponía todo un agravio comparativo para mi padre y para mí.

—No metas a tu hermano en esto, que él no tiene nada que ver. Hija mía qué pelusilla le estás cogiendo. Es que

me ha escamado lo de que salgas otra vez a repartir currículums, que no sé cuánto dinero llevas ya gastado en las dichas fotocopias. Y total, para nada.

Tony es que nació con un soplo en el corazón, un susto que se corrigió con el tiempo y que jamás volvió a suponerle ningún problema. Pero mi madre, que es de las que se ahogan en un vaso de agua, vio en esa circunstancia algo a lo que agarrarse para tenerle una especie de lástima de por vida, cuando lo cierto es que el soplo se lo dio el jodido niño en los ojos, porque la tenía más ciega que la gallinita del famoso juego.

—Gracias por tu apoyo, mamá. Pues sí, pienso volver a salir con Marta y para repartir currículums, ¿tan raro te resulta? Porque hasta donde yo sé no soy una vaga ni nada parecido. Y cuando me quedo sin trabajo bien que doy el callo en casa, que no paro.

—Normal, solo faltaba, aquí todo el mundo tiene que arrimar el hombro, que las cosas no se hacen solas.

Preferí no entrar en la polémica o se me iba a calentar el pico más de la cuenta. Desde que estaba convaleciente de una grave operación a consecuencia de un tumor, el carácter se le había avinagrado más todavía. Por suerte, logró superar ese duro trance, pero le había quedado como “secuela” una mala leche todavía más agudizada que yo ignoraba cuánto tiempo podría soportar.

Mi sueño era el de independizarme con Marta, mi querida amiga, esa que tenía desde que el primer día de guardería se echó a llorar en la puerta (que para eso la pobre era muy poquita cosa) y yo me la llevé de un tirón hacia dentro. Mi madre y la suya alucinaron con mi arranque, pero es que ya llevaba por entonces por bandera esc de que “atrás ni para coger impulso”.

Desde entonces Marta y yo éramos inseparables y a las dos se nos ocurrió juntas la brillante idea de dejar los estudios al acabar la ESO, pero es que nuestras familias no nos animaron precisamente a que fuéramos notarias.

Juntas limpiamos oficinas, pusimos copas y trabajamos de cajeras, hasta que a ella le mejoró la suerte y la emplearon en una tienda de ropa de niños que había en el barrio, donde no es que ganara el oro ni el moro, pero estaba muy bien mirada y tampoco es que se partiera el lomo.

Yo no tuve tanta suerte y seguí danzando de allá para acá, encontrando solo empleos precarios y súper mal pagados con tal de tener algo que aportar en casa. Y la cosa empeoró con la enfermedad de mi madre, ya que mi padre se quedó varios meses sin empleo por cuidarla, razón por la cual nos las vimos y nos las deseamos.

Por fin la situación había mejorado y mi padre vuelto a su empleo en la construcción, pues era albañil. Mil veces quiso llevarse a Tony a la obra, pero él encontró otros tantos pretextos para no hacerlo.

En cuanto a mí, hacía un mes que estaba en paro y en casa. Lo llevaba fatal y vendería mi alma al diablo con tal d empezar a trabajar ya.

Llamaron al telefonillo y era Marta, que tenía la semana de vacaciones y se había apuntado al reparto de los currículums para echarme un cable. Era un amor, por mucho que la jodida a veces me sacara de quicio. Vaya, pues como yo a ella, qué tontería.

Currículums había enviado yo mil por Internet, pero también confiaba en que, si entregaba algunos a la antigua usanza, en mano, alguien detectara las muchas ganas que tenía de trabajar y por fin me diera un curro.

—Me voy, mamá. Ya he dejado el guiso preparado, ¿vale?

—Hija, es lo mínimo, faltaría más.

—De nada, mamá, de nada...

² Bajé las escaleras del cuarto sin ascensor en el que vivíamos contando hasta diez porque esa mujer no se imaginaba que me tenía al límite, pero yo lo estaba.

—Hola, Martita, cariño. Espera, que me suena el móvil.

Apreté el paso, dado que en aquel tramo de mi calle la cobertura del móvil era fatal, otra particularidad más de esa colonia residencial exclusiva en la que vivíamos y contra la que, sin embargo, yo no tenía nada. Bien feliz que fui con Marta jugando por sus calles de pequeña.

—¿Cómo? ¿Una entrevista? ¿Mañana a las once? Allí estaré como un clavo.

—Nena, ¿te han llamado? ¿De dónde?

—De la empresa esa tan pija en la que te conté que estuve aquel día, de esa.

—¿La que estaba en plena Castellana? Madre mía, qué lujo.

—Sí, y que dicen que les hace falta urgente una directora, ¿me ves a mí candidata para el perfil?

—Yo a ti te veo candidata hasta a la Casa Blanca y lo sabes.

—Y tú eres una cuentista de cuidado. Bien me conformo con que me dejen darle al mocho por los pasillos.

^e —Te cogen fijo.

—¿Tú crees? Ay, yo fliparía con que me dejaran ahí una buena temporada, porque te lo digo en serio; me hacen un contrato medio decente y nos cogemos un piso las dos.

—Deseando estoy, ya lo sabes. Porque sola no me llega para hacerlo y anda que nos lo íbamos a pasar mal.

—Sí, sí, la mar de agobiaditas que estaríamos las dos.

—Venga, que te invito a tomar algo para celebrarlo por adelantado.

—Tú espera, no sea que me lleve un palo porque no me cojan.

—Nunca se sabe, pero tú sigue así de negativa y yo te arreo uno seguro.

—¿Tú crees? Ay, yo fliparía con que me dejaran ahí una buena temporada, porque te lo digo en serio; me hacen un contrato medio decente y nos cogemos un piso las dos.

—Deseando estoy, ya lo sabes. Porque sola no me llega para hacerlo y anda que nos lo íbamos a pasar mal.

—Sí, sí, la mar de agobiaditas que estaríamos las dos.

—Venga, que te invito a tomar algo para celebrarlo por adelantado.

—Tú espera, no sea que me lleve un palo porque no me cojan.

—Nunca se sabe, pero tú sigue así de negativa y yo te arreo uno seguro.

Capítulo 2



A las diez y media de la mañana ya merodeaba yo por las inmediaciones de la oficina.

Desde las seis estaba despierta, que para eso quise ponerme como un pincel. Una entiende que para darle al mocho no hace falta alisarse el pelo como si fuera una china, pero a mí es que me gusta ir a todos los sitios como una modelo. Oye, soñar es gratis... Y pasarse las planchas en el pelo también. Ahí me he colado, que con el subidón que ha dado luz hasta eso lo tendría que restringir algún día como la cosa siguiera igual.

Los nervios me comían en la puerta y pensé que no era plan de que nadie me viera allí en ese estado, por lo que comencé a ir Castellana para arriba y Castellana para abajo, haciendo tiempo.

En definitiva, que me puse los dientes largos con los escaparates de esas boutiques tan pijas que lucían sus mejores galas. Miré hacia dentro de una de ellas y solo les faltó bajar la persiana. Se ve que no tenía yo pinta de ricachona, como muchas de aquellas marquesitas que pasaban a mi alrededor, me faltaría la pamelita o algo.

Lo que no me faltaron fueron ganas de hacerle una peineta a la estúpida de la dependienta, pero apenas me dio tiempo a reaccionar porque me topé de frente con un Barbie ensiliconada que acababa de pararse también delante del mismo escaparate. Bien comenzaba el día.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Me has dado un pisotón que vaya, mira cómo me has dejado el zapato y es un Manolo, ¿sabes?

—¿Les pones nombres a tus zapatos? Mira que he visto pijas tontas en mi vida, pero tú te llevas la palma—le aseguré sorprendida.

—¿Qué dices, muerta de hambre? Se les llama Manolos y son de los mejores zapatos del mundo, pero tú qué vas a saber.

—No, claro, yo qué voy a saber si no he ido a un colegio de esos archilingües como habrás ido tú. Pero que educación no tienes ninguna, bonita, que has embestido sin dejarme siquiera pedirte disculpas.

—¿Disculpas? Es que menos disculpas y más mirar por dónde andas, que tú debes ser de las que va por la vida como pollo sin cabeza.

Hasta me extrañó que semejante pija supiera lo que era un pollo, que me parecía un animal muy ordinario para ella.

—¿Como pollo sin cabeza dices? Sin cabeza te dejaría a ti de muy buena gana, que lo sepas. Y más vale que te calles o soy capaz de arrancarte los pelos esos rubios oxigenados que me llevas, tú verás.

—Uff, bajuna a la vista. Intenta ponerme un dedo encima y llamo a la policía para que te encierren en una jaula. Bicho, que eres un bicho.

o

—Bicho eres tú, que te has puesto los labios como dos morcillas de Burgos, a ver si te crees que alguien se traga que eso es natural. Por no hablar de los pómulos y de las tetas ya ni te cuento.

—¿Tú te crees cirujana o qué? Pues mira, si lo he hecho es porque me lo puedo permitir. A ver si tú estás en disposición de decir lo mismo.

—No, yo lo único que digo es que a mí no me hace falta tanto retoque para estar que crujo, ¡que a mí me dan los *likes* a puñados, estirada!

—A puñados...hay que ser vulgar. Eso será porque admites a cualquiera en tus redes, no como yo, que cuento con un selecto grupo.

—¿Un selecto grupo? No me dieran a mí más tormento que estar en el mismo grupo que tú, menudo ambientito con olor a rancio.

3 —¿Tormento? Es que a ti no te admitiríamos en mi grupo ni así nos lo pidieras de rodillas, anormal, ¿qué te has creído? Nosotros no nos juntamos con la chusma.

—¿Me estás llamando chusma? ¿Tú quieres probar acera? Porque estoy por cogerte de los pelos y hacerte una degustación gratis.

a —A mí no te me acerques que llamo a la policía en tres, dos, uno...

Capítulo 3



Hay días que se complican y ese fue uno de ellos, porque a consecuencia del encuentro con la gilipollas aquella llegué que bufaba a la entrevista de trabajo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó el encargado de Recursos Humanos, un tío encantador que se llamaba Andrés, pero que me dijo que podía llamarle Andy.

—Sí, bien, solo que me he encontrado a una asquerosa en la calle y hemos tenido palabras, lo siento, ¿qué me decías?

—Veo que eres una persona sin dobleces, llamas a las cosas por su nombre.

—Y que lo digas, yo es que otra cosa tendré, pero pelos en la lengua va a ser que no.

—Lo veo, lo veo. Mira, yo te voy a decir la verdad, valoro la sinceridad por encima de todas las cosas, odio a la gente que va con oscurantismos por detrás.

—Ya y yo más. No, mira, yo no seré más que una limpiadora y no tengo carrera ni máster ni nada, pero lo que te garantizo que tengo es vergüenza.

—Pues personas como tú son las que necesito en este barco.

—A ver, Andy, pero que no te hagas películas en el coco, que ni esto es un barco ni yo vengo a por el puesto del capitán.

—No creas, que una empresa en cierto modo es que como un barco y todos los que trabajan en ella, sus tripulantes. Si no se rema en la misma dirección, pero del primero al último, el barco corre el riesgo de irse a pique. Mi obligación es la de encontrar gente leal que, además, sepa remar.

—Pues yo remar no sé si sabré, pero a limpia no me gana nadie. Tú contrátame y ya verás, te lo voy a dejar todo

como los chorros del oro.

—¿Tienes alguna carta de referencia, Vania?

—Sí, traigo un par de ellas, aquí las tienes.

El tamborileo de mis dedos sobre la mesa no se le pasaba por alto mientras leía las cartas. Andy parecía un tío muy observador y es que sus muchas virtudes debía tener para ocupar ese puesto en una empresa de tanto renombre, que se dedicaba a la construcción. Pero a la construcción a lo grande, que allí lo que había eran grandes empresarios y no albañiles como Antonio, mi padre.

—Está bien, Vania, ¿cuándo podrías incorporarte?

—Hace diez minutos—le contesté con los ojos brillantes.

—¿Sí? ¿Y tienes disponibilidad horaria?

—Total, como si quieres ponerme una cama en medio del pasillo y me quedo a dormir, te lo advierto.

—Ganas de trabajar no te faltan, ya lo veo, ¿y si empiezas mañana?

—Ya estás tardando en darme el uniforme, Andy.

Le traté con toda la familiaridad porque me dio pie a ello. Debía rondar los treinta y cinco años y era un tío que estaba de muy buen ver, rubio y con unos ojos almendrados de lo más dulces.

—Che, no corras tanto, que no hemos negociado el sueldo.

—Muy bonito lo veía yo todo, ahí es donde me vas a dar un disgusto, ¿no? Pero hombre, que yo tampoco puedo vivir con dos duros, que me quiero independizar.

—Maravillas tampoco puedo hacer, pero el señor de la Sera siempre ha pagado bien a sus trabajadores y su hijo Héctor tiene fama de seguir sus pasos en ese sentido.

—¿No son rácanos? Ay, que me da, ¿cuánto me van a pagar?

—Mil cuatrocientos euros por ocho horas de trabajo, de siete a tres de la tarde, ¿cómo lo ves?

—¿Que cómo lo veo? ¿A ti te importa si te doy un beso?

Andy negó con la cabeza riéndose, parecía un buen chaval.

—Veo que entonces hay entendimiento. Estupendo, eso sí, ¿tendrías la posibilidad de echar horas extras en ocasiones puntuales en las que lo necesitemos? Las pagaríamos a quince euros, ya te lo piensas y me dices.

—¿Que me lo piense? Tortas me daré por coger alguna de esas. Ya me conocerás, Andy, a mí los anillos no se me caen por currar.

;

—Vale, pues entonces te voy a presentar a tus compañeras y a darte el uniforme.

—Qué ilusión, voy como niña con zapatos nuevos, ¡un millón de gracias!

—Zapatos te voy a dar también, no te preocupes. No hace falta que te diga que el uniforme siempre ha de estar pulcro y vestirlo al completo, en eso somos muy exigentes.

—Claro, claro, normal.

—Hazlo así, cumple con tu trabajo y no tendrás ningún problema. Esta es una buena empresa, no te quepa duda, por más que algunos de sus miembros...

—¿Qué les pasa a algunos de sus miembros?

—Nada, nada. Perdona, se me ha ido el santo al cielo.

—Ya, es que he visto que estabas divagando, para mí que me ibas a hacer una revelación divina.

—No, no, perdona, no quería decir nada.

—Que en todos lados cuecen habas y aquí habrá gente que tenga su guasa como en todos sitios, ¿no?

—Olvídalo, Vania, yo no he dicho nada. Quédate con que Don Adrián de la Sera y su hijo Héctor son dos buenas personas.

—Vale, vale, oye ¿y el uniforme es muy feo? Es que una es un poquito coqueta, tú ya me entiendes.

—Mujer, para desfilas por la pasarela Cibeles no es, pero a ti te sentará bien—Se quedó cortado después de soltarlo.

—¿Y eso? —Le tiré un poco de la lengua porque me resultó gracioso que se le hubiera escapado.

—Por nada, por nada, supongo que porque a ti te sentará todo bien.

—Pues gracias, hombre. Mira, esta muchacha seguro que va a ser una de mis compañeras, ¿no? —Vi avanzar a una menuda morenita con el carro de la limpieza.

—Sí, ella es Patri, ven que te la presento.

La chiquilla, que era más jovencita que yo pues rondaba los veinte años, se veía de lo más apañada. Si ella lo llevaba bien, yo seguro que también.

A mis veinticinco añitos ya había trabajado en todo tipo de sitios y aquel me parecía una bicoca. En cuanto saliera de allí, quedaría para tomar unas cañas con Marta, a la que le estaban haciendo unas pruebas médicas.

—Tú y yo en un par de meses estamos viviendo solas, que lo sepas—le aseguré en cuanto descolgó el teléfono.

—¿Qué dices? ¿No es una trola?

—¿Una trola? He conseguido el mejor trabajo del mundo.

—¿Y eso? —Le tiré un poco de la lengua porque me resultó gracioso que se le hubiera escapado.

—Por nada, por nada, supongo que porque a ti te sentará todo bien.

—Pues gracias, hombre. Mira, esta muchacha seguro que va a ser una de mis compañeras, ¿no? —Vi avanzar a una menuda morenita con el carro de la limpieza.

—Sí, ella es Patri, ven que te la presento.

La chiquilla, que era más jovencita que yo pues rondaba los veinte años, se veía de lo más apañada. Si ella lo llevaba bien, yo seguro que también.

A mis veinticinco añitos ya había trabajado en todo tipo de sitios y aquel me parecía una bicoca. En cuanto saliera de allí, quedaría para tomar unas cañas con Marta, a la que le estaban haciendo unas pruebas médicas.

—Tú y yo en un par de meses estamos viviendo solas, que lo sepas—le aseguré en cuanto descolgó el teléfono.

—¿Qué dices? ¿No es una trola?

—¿Una trola? He conseguido el mejor trabajo del mundo.

Capítulo 4



Me puse el uniforme de trabajo a la par que Patri y que Eva, otra compañera que se veía un tanto chismosa.

—Niña, hoy tenemos visitas. Ya sabes, tú con más orgullo que Don Rodrigo en la horca, ¿eh? Que a mí el vejestorio ese no me chulea más ni a ti tampoco, ¿me has oído? —Se levantó Patri y se fue, dejándome con Eva.

—¿A qué vejestorio se refiere? —Me quedé perpleja.

—A Doña Amelia, la mujer de Don Adrián, que es de armas tomar. De vez en cuando se pasa por aquí y encima se pone a tomar cafelito con su...

No le dio tiempo a decir nada más porque otra compañera, Ana, la llamó desde fuera.

—Huy, esa es Anita, que habrá algo que hacer y ya está asustada porque no nos riñan. Esta pobre se pone de los nervios el día que viene Doña Amelia.

La tal Doña Amelia no sabía yo si era una persona o un ciclón, porque las tenía alborotadas a todas y solo hacía falta que se declarara una alerta de esas rojas como cuando viene una catástrofe natural.

Salí detrás de ella y la otra le cuchicheó algo.

—Vale, vale, yo retocaré el despacho de Don Adrián para que esté todo perfecto cuando ella llegue, ¿por qué no t vas tú con Vania y dejáis reluciente el de Don Héctor?

Antes de que dijera nada, Ana me había cogido de la mano y ya estábamos en aquel lujoso despacho.

—Madre mía, pero si mi casa cabría aquí dos veces, ¿esto es un despacho?

—Sí, y este es el del hijo, el heredero. Tendrías que ver el del padre, que ese es ya para flipar del todo. De todos modos, yo creo que ese hombre viene ya por aquí a título honorífico, porque el verdadero jefe es ya su hijo

Héctor.

—Ya, según decís, este señor seguirá viniendo por no estar todo el día al lado de la arpía de su mujer, ¿no?

—Pues di tú que el hijo tiene una cruz igual, menuda es Paloma. Y lo malo es que a esa sí que la tenemos aquí todo el día.

—¿Paloma? ¿Es su mujer?

—No, es su novia. Mírala, es la estirada esta—Me enseñó un marco con una foto de la parejita y la boca se me quedó seca como el esparto.

—¿Esa es la novia del jefe? Ay, Dios...—Sí, era la Barbie ensiliconada a la que yo había puesto de vuelta y media el día antes.

—¿La conoces? Hija, es que has puesto una cara que o la conoces o se te ha bajado la tensión.

—Creo que las dos cosas... ¡la que he liado!

Me tuve hasta que sentar porque sentí mareos, taquicardia, fatiga y otra serie de cosas más que provocaron que cogiera la silla a lo justo... Por cierto, la silla del jefe, que anda que no era cómoda.

Todavía no me había recuperado mientras la chavala me echaba viento a tutiplén con unos papeles de la mesa cuando la puerta se abrió y di un bote que casi llega hasta el techo.

—Buenos días, ¿qué está pasando aquí?

—Don Héctor, es que mi compañera se ha mareado, ahora mismo nos vamos.

—¿Se ha mareado? Por favor, no tengas prisa. Y te he dicho muchas veces que me llames Héctor a secas, Ana.

e

El tono tranquilo de la voz del jefe me relajó un poco, aunque miré hacia la puerta por si venía acompañado de su Paloma, que era la encargada de uno de los departamentos, según me contó Ana.

—Vale, lo intentaré. Mire, ella se llama Vania y es nueva.

—¿Tu primer día con nosotros y te lo tomas tan a pecho, mujer? ¿Cómo estás? Yo soy Héctor—Su voz afable me llegó muy cercana.

—Ya parece que un poco mejor, voy a intentar levantarme—le contesté con rapidez, porque estaba apurada al máximo.

—No, por favor, si hace un momento me decías que no podías con tu vida, que te vas a caer.

Quise matar a Ana con la mirada, porque yo lo que quería era salir a la estampida del despacho de un jefe al que todavía ni había mirado a la cara.

—No, que yo puedo.

—Ni se te ocurra, llamaré para que venga un médico—insistió e hice ademán de levantarme. Entonces fue cuando el negro de mis ojos se encontró con el verde de los suyos.

a

—No será necesario, gracias. De veras que ya voy mejor.

—¿Va en serio? Que no me cuesta ningún trabajo.

—Va en serio, sí.

Iba en serio eso y que el tío tenía los ojos verdes más bonitos del mundo, que contrastaban vivamente con el oscuro de su pelo. Y para acompañar, una sonrisa tan atractiva que era imposible no devolverle.

—Pues entonces me quedaré un rato en el despacho de mi padre hasta que me avise Ana. No tengas ninguna prisa tómate tu tiempo para recuperarte.

—Muchas gracias, Héctor.

—Muchas gracias a ti, Vania.

Salió y Ana comenzó a resoplar.

—La he liado, Ana, yo ya conozco a Paloma y no nos llevamos exactamente bien.

—Se lo vamos a comentar a Patri, pero no a Eva, que es una chismosa. A ver lo que opina ella que podemos hacer. Eso sí, me lo tienes que contar todo.

—¿De mi mareo? Mujer, tampoco es para tanto, que no voy a salir con los pies por delante.

—No, de lo de Paloma. Joder y encima parece que hoy es el día. Héctor no llega nunca tan temprano, por eso nos

ha cogido el toro con lo del despacho. Y hoy viene su madre, ya verás lo vomitiva que son suegra y nuera juntas.

—No, no creo que lo vea.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque le solté unas lindezas que esa me va a poner de patitas en la calle en cuanto me reconozca, ¿quieres verlo?

—No, no quiero verlo. Me caes muy bien, Vania, y estoy más harta de injusticias... Es que Paloma nos trata a todas con la punta del pie. Para mí que esta se cree princesa heredera y la suegra, la reina de Inglaterra.

—¿Y hace el mismo saludito con la mano y todo?

—¿Esa? Si te has creído que saluda a alguien, vas lista. Y Paloma tampoco. Para ellas solo somos escoria.

ha cogido el toro con lo del despacho. Y hoy viene su madre, ya verás lo vomitiva que son suegra y nuera juntas.

—No, no creo que lo vea.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque le solté unas lindezas que esa me va a poner de patitas en la calle en cuanto me reconozca, ¿quieres verlo?

—No, no quiero verlo. Me caes muy bien, Vania, y estoy más harta de injusticias... Es que Paloma nos trata a todas con la punta del pie. Para mí que esta se cree princesa heredera y la suegra, la reina de Inglaterra.

—¿Y hace el mismo saludito con la mano y todo?

—¿Esa? Si te has creído que saluda a alguien, vas lista. Y Paloma tampoco. Para ellas solo somos escoria.

Capítulo 5



Al final de la mañana había logrado escaquearme lo suficiente como para no darme de cara con ninguna de las dos, pero la suerte tiene un límite e iba yo con mi carrito por el pasillo cuando de repente las vi venir.

—Buenas tardes—murmuré al cruzármelas, tras lo que apreté los dientes y por un momento creí en los milagros, pensando que quizás no me reconociera con mi uniforme de limpiadora y mi coleta.

—Espera, espera, espera...yo a ti te conozco, ¿tú has trabajado aquí antes? —me preguntó la tal Paloma, que iba de punta en blanco con su traje de chaqueta de pantalón en gris y camisa blanca, de lo más elegante.

La otra, la suegra, no podía ir más emperifollada también, con un modelito estilo Chanel, en su caso de falda, que debía costar varios sueldos míos juntos.

—No, perdone, pero es la primera vez que trabajo aquí, hoy es mi primer día.

—¿Tu primer día? Pues yo te tengo aquí—se señaló a la cabeza y yo pensé que sería el último sitio en el que quisiera estar—. Espera, que me parto, tú eres la mindundi que me desgració ayer mi Manolo, ¿qué haces aquí?

Pensé que, de perdidos al río, porque a mí me pondrían la carta de despido en la mano ipso facto, por lo que no m callé.

—Eso de la mindundi te lo podías haber ahorrado, ¿o es que no te enseñaron modales en el colegio ese de Barbies pijas al que fuiste?

—¿Qué está pasando aquí, Palomita? ¿Quién es esta pordiosera? —le preguntó la jodida de la suegra.

Me quedé loca, sencillamente loca porque la otra se pasaba, pero la suegra había tirado directamente con bala.

—¿A mí me ha dicho pordiosera? Mira usted por dónde voy a comenzar a repartir, pero no se preocupe que en este caso las jóvenes van primero, le voy a dar a su nuera.

—¿Qué has dicho? ¡Seguridad, seguridad! —chilló la tal Doña Amelia, que tampoco estaba presente el día que repartieron la educación ni la vergüenza.

Un chaval de seguridad llegó enseguida. Y, para mi sorpresa, también lo hizo detrás Héctor, que miraba a todas las bandas sin entender lo que allí ocurría.

—Paloma, mamá, ¿Qué son esos gritos?

—¿Esos gritos? Eso deberías preguntárselo a esta zarrapastrosa, ¿Quién la ha contratado? —chilló Paloma.

—Paloma, por favor, no empieces—le rogó él.

—Perdona, ¿dices que no empiece? Pues que sepas que esta tía me atacó ayer en la calle, que casi me deja sin pie. Y hoy lo está haciendo también, pero con su lengua, que ni te imaginas lo afilada que la tiene.

Héctor, para mi regocijo, la miró un tanto incrédulo y entonces ella echó mano de la artillería pesada.

—Paloma, ¿no estarás exagerando? —le preguntó.

—Amelia, díselo tú, que por lo visto tu hijo no me cree, será que me va a poner de mentirosa delante de esta—se quejó.

—Héctor, yo no te he educado para que pongas en tela de juicio las palabras de tu novia. Pídele disculpas ahora mismo y encárgate de que despidan a esta chusmilla.

—¡Mamá! No te consiento que en mi presencia trates con ese manifiesto desprecio a ningún trabajador de esta empresa, ¿me he expresado con claridad?

Me faltó una chispita nada más para correrme en ese momento porque, contra todo pronóstico, comprobé que no las estabas creyendo.

—Con claridad meridiana, hijo, pero no te preocupes, que de esto se va a encargar tu padre. Ven conmigo, Palomita—Cogió a su nuera de la mano y ambas salieron andando por el pasillo como si tuvieran un palo metido en el culo.

—¿Puedes dejarnos a solas? —le preguntó Héctor al chico de seguridad.

Cuando ya lo estuvimos lo miré un tanto cortada, sabiendo que aquellas dos iban directas a pedirle mi cabeza al

mandamás.

—Lo siento, no te voy a decir que no se me haya calentado un poco el pico, pero es que desde que choqué ayer con ella por la calle, que fue un pisotón casual, no veas si me tiene inquina.

—Ah, ya, el Manolo que decía que le habían estropeado. Qué harto estoy de Manolos y de Juanes y de Pepes... No te imaginas el zapatero que tiene en el vestidor, totalmente atestado, es una exposición, palabra.

Me quedé sin saber qué decir porque no esperaba su reacción, que se abriera así a una completa extraña, incluso criticando a su novia.

—Imagino, ¿vivís juntos?

—Sí, desde hace unos meses, me vi en el compromiso.

—¿En el compromiso o en el entierro? Porque muy contento no es que te vea y como me vas a despedir de todos modos, pues ya aprovecho y te lo digo.

Me tomé incluso la licencia de tutearlo, porque sabía que ya tenía un pie en la calle y nada que perder, por lo que le dije lo que pensaba.

—No voy a despedirte, puedes seguir trabajando cuando quieras, si es que te encuentras bien para hacerlo.

—Alto, que aquí tiene que haber algún truco. Lo que querrás decir es que tú no vas a firmar mi finiquito, porque supongo que de esas cosas ya se encarga tu padre, ¿no?

—Mi padre ya es aquí un símbolo, como la bandera en los países, pero las decisiones las tomo yo, no te preocupes.

—Permíteme que te diga que tu madre y tu novia van a presionarlo como si fuera una olla y no creo que el hombre pueda aguantar, por lo que esta vez hará una excepción y me despedirá.

—Primero, que mi padre es un buen hombre, y segundo, que él hará lo que yo le diga, me encargaré de eso, te digo que no te preocupes.

—Pero eso es como si yo disfrutara de una especie de inmunidad o algo, ¿no quieres saber lo que les he dicho?

—Nada que no se merecieran—me soltó mientras seguía andando en dirección a su despacho.

e

Capítulo 6



Llegué a trabajar al día siguiente con la sensación de que tenía allí las horas contadas, pero no fue así.

—Papá, esta chica es Vania, se ha incorporado al equipo de limpieza ayer—me lo presentó su hijo cuando nos cruzamos al entrar ellos a trabajar.

—Tanto gusto, Don Adrián—Le tendí la mano, que previamente me había limpiado porque la tenía mojada de limpiacristales.

—Así que tú eres Vania, ayer escuché hablar de ti—me confesó y hasta las orejas se me pusieron hirviendo del corte.

—Lo siento, sé que no he empezado con el mejor de los pies en esta empresa, pero procuraré enmendarlo.

—No tiene ninguna importancia, joven. Tanto gusto...—me comentó con toda la parsimonia y siguió su camino.

Si a cuadros me dejó el día anterior la reacción del hijo, que no le dio la más mínima importancia a lo acontecido entre nosotras, más me dejó todavía la del padre, quien siguió andando tan campante.

Para mí que los dos estaban en el mismo punto; hasta el gorro de sus respectivas mujeres, con la diferencia de que el primero debía llevar casado un buen porrón de años y el segundo no sabía por qué diantres pretendía arruinar su vida con una brujona de ese calibre.

—¿De verdad no tiene ninguna importancia? Esto parece el mundo al revés. Perdona, pero es que tu madre y tu novia me parecen... no sé, estoy hablando de más.

—Ella no es mi madre—me soltó atropelladamente.

—¿Amelia no es tu madre? Pero si es lo que tenía entendido.

—Tú y la mayoría. Pocos saben que realmente no lo es. Verás, Amelia es la segunda esposa de mi padre. Ellos se casaron cuando yo tenía cinco años, dos años después de que él enviudara.

—Vaya, ¿tu madre murió?

—Sí, en un accidente. Y mi padre se quedó con Amelia, pero que a mí ella no me la da; no me ha querido en la vida.

—Jo, debe ser muy doloroso, es como tener al enemigo en casa, ¿no?

—Ni fu ni fa, yo ya estoy acostumbrado. Y para ti y para mí, también le devuelvo todos los pelotazos que puedo en cuanto tengo la ocasión.

—Vaya, no lo sabía. Si lo sé le doy más candela ayer, para que hubieras disfrutado, me refiero...

—Ya, ya, para que hubiera disfrutado. Pero reconoce que tú también lo hiciste, que te lo vi en la cara, ¿o no?

—A mí es que a las estiradas me gusta darles jarabe de palo, aunque lo que me resulta increíble es que tú y yo estemos hablando de esto.

—Sí, a mí también. De hecho, he de pedirte que no lo comentes. Solo los empleados más antiguos, o los hijos de estos, saben que ella no es mi madre porque siempre hemos mantenido las formas, ¿vale?

—Claro, claro, qué interés iba a tener yo en pregonarlo, después de que has sido mi salvador.

—Me caes bien, Vania, esa es la realidad. Verás, tengo treinta y siete años y llevo toda la vida trabajando en esta empresa. Pues sabes, ¿qué?

: —No, dímelo.

1

—Que eres la primera persona que veo que les hace frente a esas dos. Todos dicen “sí, *bwana*” y agachan la cabeza. Y así les va.

—Gracias, es que yo no puedo callarme, me matan las injusticias.

—No hay de qué, he de seguir trabajando.

—Y yo también, que a este paso hoy no limpio y entonces sí que les voy a dar un verdadero motivo para que me echen.

—Nos vemos por aquí, Vania.

Había que joderse, un hombre que valía un potosí y ennoviado con una tía más mala que la quina. Que yo no digo que no estuviera enamorada de él, porque era para estarlo, pero que una pájara así no podía hacer feliz a un hombre en la vida, y menos a uno que tuviera unos principios como los que él parecía tener.

Esa misma tarde quedé con Marta, que estaba deseando saber, y se lo conté todo.

—Tía, por lo que cuentas es como un jefe de esos de las películas, casi igual que el mío, que no es por nada, pero es un verdadero adefesio—me confesó suspirando.

—Jaja, sí que es feo Agustín, pero un amor de jefe y a ti te tiene entre algodones. No te quejes.

—Demasiado entre algodones diría yo, que para mí que quiere algo conmigo.

—Pues normal, tú eres un bombón y a él lo plantó su novia, estará deseando pillar cacho.

—No me toques las narices, me haces el favor, ¿eh? Que yo no deajo que Agustín me toque ni con un palo. No como otras, que están que babean con su jefe...

—Quietecita fiera, que el jefe tiene novia.

—Ya, pero la novia es una asquerosa engreída que no le llega ni a la suela del zapato y eso lo cambia todo. Si te lías con él, remordimientos cero.

—No, no, déjate que yo con ese tío no me lío por mucho que ella se merezca que le ponga un par de cuernos bien puestos.

—Ya, ya, porque te podrías quedar colgada de él, eso no lo había pensado.

—No lo has pensado porque eres una cabeza de chorlito, pero no me digas que no es la pura realidad.

—Es verdad, que yo también digo que tíos con novia, nanai de la China. Acuérdate que pasé las de Caín cuando me enamoré de Jesús, el de la carnicería.

—Como para olvidarme, lagrimones como puños todas las noches sentadas en la plazoleta. Ay, señor, yo paso de eso, que prefiero escarmentar en cabeza ajena.

—Tienes toda la razón. Pues nada, será mejor que pases por completo y, además, así te ahorrarás problemas con las otras dos, que según me estás contando, deben ser para echarles de comer aparte.

—No te las imaginas a las dos repartiendo veneno por toda la oficina. Algo vale que la suegra no trabaja allí, pero el día que va da gloria bendita.

—Tú quédate con que nosotras nos vamos a ir a vivir juntas gracias a ese curro tuyo. Yo ya estoy buscando pisos por aquí por el barrio, que me duele hasta el pescuezo de mirar para arriba para ver si hay algún cartel de un particular y nos podemos ahorrar la agencia.

—Sí, sí, que tenemos que mudarnos en precio récord, más que en tiempo.

—Tú lo has dicho, que la cosa no está tan boyante...

—Tienes toda la razón. Pues nada, será mejor que pases por completo y, además, así te ahorrarás problemas con las otras dos, que según me estás contando, deben ser para echarles de comer aparte.

—No te las imaginas a las dos repartiendo veneno por toda la oficina. Algo vale que la suegra no trabaja allí, pero el día que va da gloria bendita.

—Tú quédate con que nosotras nos vamos a ir a vivir juntas gracias a ese curro tuyo. Yo ya estoy buscando pisos por aquí por el barrio, que me duele hasta el pescuezo de mirar para arriba para ver si hay algún cartel de un particular y nos podemos ahorrar la agencia.

—Sí, sí, que tenemos que mudarnos en precio récord, más que en tiempo.

—Tú lo has dicho, que la cosa no está tan boyante...

Capítulo 7



Mañana de sábado y con ella, supuestamente, la posibilidad de dormir hasta tarde. Pero no...

—¡Que no y que no, Tony! Que no te hace falta una moto para nada. Pues no has visto que yo ni siquiera tengo coche, ¿crees que es porque me encanta el metro?

—Pero papá, mamá me ha dicho que lo hable contigo, es toda una oportunidad. Rafa, el del taller, me ha asegurado que está como nueva, que es de un niño que ha decidido cambiarla por otra más potente, pero que no voy a encontrar ninguna más así.

—Rafa, Rafa, nunca me he fiado de ese Rafa y lo sabes. Ese chico ha metido en problemas a medio barrio.

—¿Rafa? Pero si es colega mío y un tío de puta madre, ¿qué estás diciendo? Rafa es de fiar y no le hace falta el dinero para nada. Si me dice que es una oportunidad es justo por eso, porque lo es.

Cómo me jodía que Tony, con varios años menos que yo, se quisiera siempre llevar el gato al agua y le diera coba a mi padre.

—Rafa se mete por la nariz hasta el polvo de los ladrillos, Tony, no me digas que no lo sabes. Ese te vendería a su madre con tal de conseguir pasta—le contradije desde la cama.

—¡Ya habló la listilla de la familia! ¿Tú siempre tienes que dar la nota?

—Es verdad, hija, qué pesadita eres. Parece que te da rabia todo lo bueno que le pase a tu hermano—Ya había tardado en salir mi madre en su defensa.

—No, mamá, estás muy equivocada. A mí me parecerá genial todo lo bueno que le pase a mi hermano, pero siempre que se lo curre él y no le saque los ojos a papá, ¿o todavía no has caído en la cuenta de que no ha dado palo al agua en lo que lleva de vida?

—Qué envidia le has tenido siempre, hija, qué envidia. Qué más te dará a ti, que ahora lo ganas bien, que tu padre ayude a tu hermano a comprarse la moto, con las ganas que ha tenido siempre de tener una.

—Mamá, es que te oigo y me dan ganas de potar, ¿y cuándo le has preguntado a mi padre lo que le hace ilusión a él? Que hasta una hernia discal le ha salido de lo mucho que lleva trabajado y nunca tiene derecho ni a llevar cinco euros en el bolsillo.

—Mamá, ya salieron los famosos cinco euros, dale a papá un billetito que a la niña no se le quita la rabia si no es así. Qué peñazo de hermana...

—Y no se te caerá la cara de vergüenza de tratar así a tu padre. Es que tú todo te lo tienes que tomar a cachondeo y así ya le quitas importancia. Total, tú vives a mesa puerta, Tony ¿qué más te da si papá tiene que escornarse por comprarte la dichosa motito?

—Pues si tanto te duele que le toque el bolsillo, ¿por qué no lo ayudas tú y me la compráis entre los dos? Mamá me ha dicho que ganas un buen sueldo en la empresa de pijos en la que has entrado.

—Ni muerta, ¿me has oído? Ni muerta pongo yo un euro para darte a ti el capricho, parásito, que eres un parásito.

—Vania hija, ya está, que la cosa se va a poner todavía peor de lo que está, cállate—me pidió mi padre.

—Papá, yo ya no me puedo callar. Llevo años viendo cómo hacen contigo lo que les viene en gana, que te manejan como a un títere y todo porque eres más bueno que el pan. Y de eso te aprovechan, que te tienen la energía consumida.

—Mira, Vania, no me toques las narices. A ver si tu hermano y yo vamos a tener ahora la culpa de todo, ¿eh? Que tu padre nunca ha tenido mucho espíritu que dijéramos, ¿eh?

—Papá es un hombre muy válido, lo que pasa es que nunca lo habéis respetado y lleváis toda la vida cachondeándoos de él, ¿o es que creéis que no os he escuchado cientos de veces cuchichear a nuestras espaldas?

—¿Cuchichear nosotros? Pues anda que no tienes tú mala lengua, niña.

—Lo que tengo es valor y llamo a las cosas por su nombre, mamá.

—Da lo mismo, Vania. Ya veré cómo me las apañó para comprarle la moto a tu hermano—me confesó resignado mi pobre padre.

—Eso es, papá. Ya verás como no te vas a arrepentir. Y si algún día lo necesitas, yo te acerco al curro antes de

entrar a clase, no te preocupes—Tony estaba feliz porque acababa de salirse con la suya una vez más.

—Papá, se refiere a antes de entrar, pero después de la hora del recreo, porque tu hijo aquí presente no se acerca por el instituto hasta esa hora, que lo sepas. Así que, si te va bien, te puede llevar a eso de las doce de la mañana y que te echen el primer día.

—Lo que yo diga, pero mala lengua que tienes, niña. Tú qué es lo que quieres, ¿acabar con la familia? Porque si es eso se te da estupendamente, ¿no te tienes que ir a la calle con Marta? Que esa sí que será perfecta, esa no tiene fallos—Ya estaba mi madre cien por cien indignada.

—Mi amiga no es que sea perfecta, mamá, pero al menos es trabajadora y no una chupóptera como este.

a

—Haya paz, Vania, hija. Es que me va a explotar la cabeza—me confesó mi padre mientras yo sabía que ya estaba haciendo números.

b

entrar a clase, no te preocupes—Tony estaba feliz porque acababa de salirse con la suya una vez más.

—Papá, se refiere a antes de entrar, pero después de la hora del recreo, porque tu hijo aquí presente no se acerca por el instituto hasta esa hora, que lo sepas. Así que, si te va bien, te puede llevar a eso de las doce de la mañana y que te echen el primer día.

—Lo que yo diga, pero mala lengua que tienes, niña. Tú qué es lo que quieres, ¿acabar con la familia? Porque si es eso se te da estupendamente, ¿no te tienes que ir a la calle con Marta? Que esa sí que será perfecta, esa no tiene fallos—Ya estaba mi madre cien por cien indignada.

—Mi amiga no es que sea perfecta, mamá, pero al menos es trabajadora y no una chupóptera como este.

—Haya paz, Vania, hija. Es que me va a explotar la cabeza—me confesó mi padre mientras yo sabía que ya estaba haciendo números.

Capítulo 8



—Tía, vaya careto de mala leche que me traes, ¿se te han complicado más las cosas en el trabajo? —me preguntó Marta cuando fui a buscarla esa noche para tomar algo.

—Qué va. Si a Paloma no he vuelto a verla, ayer estuvo desaparecida en combate. Se dice, se comenta y se rumorea que esa se escaquea a tope con cualquier excusa.

—Pues tanto mejor para ti, pero piensa que solo llevas un par de días en la empresa. Lo normal es que la semana que viene te la empieces a encontrar hasta en la sopa.

—Marta, tú eres única dándome ánimos, guapa.

—No, mujer, pero que no quiero que te coja con la guardia baja porque para mí que tu verdadero trabajo, más que limpiar, va a ser esquivar las zancadillas que te ponga esa. ¿Y a tu jefe sí que lo viste?

—¿A Héctor?

—Sí, mujer, no va a ser al padre, que ese supongo que estará más pasadito.

—Sí, ese me han dicho que se jubila en breve, que le van a hacer una fiesta por su jubilación que no se la saltará un galgo.

—Ya imagino, con lo pamplinosos que deben ser...

—Héctor no es pamplinoso. Ayer me crucé con él un par de veces y eso, que es un encanto...

—Vamos, que se te caen las bragas cuando lo ves.

—Más o menos, sí. Qué tío, es que es como un ejecutivo de esos de las series de televisión. Siempre con su traje de chaqueta, sin corbata, eso sí... Con un aire desenfadado y un par de botones de la camisa abiertos.

—¿Y es pecho lobo o de los rasurados?

—Y yo qué sé, que he dicho que lleva un par de botones abiertos, animal, no que se le vea hasta el ombligo.

—Ay, yo qué sé. Es que a mí cuando me gusta uno, ya sabes que parece que tengo rayos X en vez de ojos. Yo lo veo todo enseguida.

—Pues yo lo único que estoy viendo es que voy a tener que salir de mi casa cagando leches, te lo digo.

—¿Y eso? ¿Tan mal está la cosa?

—Ni te lo imaginas, ahora que mi madre está mejor, le han vuelto los bríos y ya trae a mi padre otra vez por la calle de la amargura. A mí me da igual lo que me diga, pero no lo que haga con él.

—Es que el pobre Antonio es tonto de bueno que es. Oye, que yo no digo que tu madre sea mala, pero que María Jesús siempre ha sido una mujer con un genio que telita.

—Yo tampoco diga que sea mala, pero sabes que no la soporto. Ahora se le ha metido en la cabeza que mi padre le tiene que comprar una moto a Tony.

—Venga ya. Y pagarle un seguro y gasofa y todo, claro.

—Te diré y encima, ¿sabes lo último que le dijo para convencerle?

—No, dime, al saber.

—Pues le ha dicho que igual, si se la compra, se pone a trabajar de repartidor en un sitio de esos de comida rápida ¿qué te parece?

—¿Tu hermano trabajando por las noches? Vamos, hombre, si el máximo esfuerzo que sabe hacer llegada cierta hora es levantar la litrona.

—Y sin llegar cierta hora también, que mi hermano es un inútil integral, un parásito a tiempo completo.

—Yo siento no poder contradecirte, guapa, pero es que tienes toda la razón. Menudo regalito echó ahí tu madre al mundo, ni la “O” con un canuto sabe hacer el tío.

—Yo me tengo que largar de ahí, Marta, porque a mí me va a dar parraque cualquier día, yo sé que me entiendes.

—Sí, mujer. Y mientras te diría que te vinieras a vivir a mi casa, pero es que ya sabes que mi madre tiene también lo suyo.

—No, no, que al menos la mía no se mete en la hora a la que vuelvo, eso sería ya lo que me faltase.

—Sí, sí y la mía está obsesionada con la hora de vuelta, que me la encuentro detrás de las cortinas cuando entro por la plazoleta. No veas el susto, así al trasluz, miedito me da...

—Rollo “Psicosis”, estamos apañadas. Oye, en cuanto cobre el segundo sueldo nos vamos, tenemos que ir mirando piso.

—¿Sabes los chavales esos tan monos que viven en la plazoleta de al lado? Los que ponían música para el barrio al completo.

—Sí, mujer, menudos fiesteros, ¿te acuerdas de la noche que nos pusimos a bailar debajo de su ventana y bajaron a bailar con nosotras?

—A bailar dices, menudos refregones. Y como para no acordarme, si yo me zumbé al rubio aquel tan grande, al que parecía un vikingo.

—Anda, si es verdad, ya no me acordaba de eso.

—No te acuerdas porque no fuiste tú quien se lo zumbó, porque el tío tenía unas “virtudes” que no eran para olvidarlas.

—Mira que eres guarrilla...

—Es que no a todas nos cuesta tanto lanzarnos a la piscina, bobita, que la vida son dos días y hay que vivirla.

—A mí no es que me cueste tanto, solo que me tiene que gustar el tío, no me tiro a todo lo que se menea, que yo soy muy selecta.

—¿Y eso es lo que hago yo? Mira, guapa, a ver si vamos a salir como el rosario de la aurora esta noche las dos.

—No, no, que yo no digo que sea lo que haces tú, pero que a mí me cuesta un pelín más, lo sabes. Me tiene que hacer mucho tilín un tío.

—Como tu jefe, porque a ese te lo tirabas digas tú lo que tú digas.

—¿Otra vez con esa canción? Me lo tiraría con los ojos cerrados, pero si no tuviera novia.

—Bueno, bueno, ya me contarás. Conmigo podía haber dado, que ese iba a chillar allí en el despacho.

—Tía, que estás siempre con lo mismo, todavía no me has dicho por qué has sacado el tema del piso de los chavales esos.

—Anda, es verdad, porque eran Erasmus y ya lo dejaron. Después han alquilado el piso para turistas este verano, pero la dueña ya busca un alquiler de larga duración, que dice que lo otro es mucha lucha.

—¿Y tú crees que lo podríamos ir apalabrando?

—Yo creo que si le damos una señal, sí.

—Pues yo lo que tengo son cinco euros y, en cuanto me tome otra copa, ni eso.

—Preguntaré y si no me dice de darle mucho, lo mismo se lo voy adelantando yo.

—¡Si es que te quiero, amiga!

—Si es que no se puede ser más pelotera.

—¿Otra vez con esa canción? Me lo tiraría con los ojos cerrados, pero si no tuviera novia.

—Bueno, bueno, ya me contarás. Conmigo podía haber dado, que ese iba a chillar allí en el despacho.

—Tía, que estás siempre con lo mismo, todavía no me has dicho por qué has sacado el tema del piso de los chavales esos.

—Anda, es verdad, porque eran Erasmus y ya lo dejaron. Después han alquilado el piso para turistas este verano, pero la dueña ya busca un alquiler de larga duración, que dice que lo otro es mucha lucha.

—¿Y tú crees que lo podríamos ir apalabrando?

—Yo creo que si le damos una señal, sí.

—Pues yo lo que tengo son cinco euros y, en cuanto me tome otra copa, ni eso.

—Preguntaré y si no me dice de darle mucho, lo mismo se lo voy adelantando yo.

—¡Si es que te quiero, amiga!

—Si es que no se puede ser más pelotera.

Capítulo 9



Llegué animada al trabajo, por eso de que igual pronto me mudaba con Marta y saludaré a mis compañeras.

—¿Tú estás segura de donde te estás metiendo, Vania?

—En el despacho de Héctor, ¿no es este? —disimulé.

—No te hagas la tonta, que me has entendido. Es que me ha dicho Eva, que ya sabes que esa tiene oídos en todos lados, que Paloma está que trina contigo—me confesó Ana.

—¿Y eso? No lo entiendo, con la relación tan bonita que tenemos, que estamos deseando vernos.

—Pues vas a tener suerte, porque esta semana parece ser que está fuera por viaje de negocios, pero no cantes victoria, que esa volverá con ganas de guerra.

—¿Sí? Entonces tendré que ir ensayando los cantos esos de guerra, como los apaches—Me puse la mano en la boca y salí corriendo por todo el despacho.

—Vania, para ya—le escuché decir.

—Mujer qué sosa eres, si esto es muy divertido, únete, que te veo un poco, así como encorsetada.

—¿Me puedo unir yo también? —La voz de Héctor no la esperaba.

—Buah, lo siento. Yo es que soy un poco así. Ya sabes, un poco loquilla, pero que eso no quiere decir que pierda el tiempo, que yo si tengo que echarlo luego de más, lo echo.

—Tranquila, no he pensado lo contrario en ningún momento. Es solo que he vuelto a venir hoy pronto porque se me está acumulando el trabajo y no doy más.

—Yo solo he venido a abrirle la puerta a la nueva, pero si necesita que me quede, entre las dos le hacemos el despacho en un abrir y cerrar de ojos, Héctor—le propuso Ana.

—No, no tengo ninguna prisa. Y, además, chicas, que tranquilas porque vuestros puestos de trabajo están garantizados, pero perdonad que os diga que aquí se limpia sobre limpio, el suelo está que se puede comer en él.

—Arte que tenemos las chicas del batallón de limpieza. No es por nada, pero nos tenían que dar una medalla—añadí con una sonrisita.

Ana salió, dejándonos solos, y Héctor me miró con cara de pensar que yo tenía un morro que me lo pisaba, a la par que se partía de risa.

—Me gusta esa forma tuya de decir las cosas, ¿sabes?

—¿Esa forma? Me salen así de la boca atropelladamente y ya. Vamos, que la abro y las ideas se van solas, no las pienso mucho.

—Ya, ya. En los muchos años que llevo en esta empresa nadie les ha plantado cara a Amelia y a Paloma como tú lo has hecho.

—Ajá, y veo que en la intimidad no te diriges a la primera como a mamá.

—No, solo guardo las formas en público y por respeto a mi padre, esa es la realidad.

—¿Por qué la aguanta él? Perdona, que me estoy metiendo donde no me llaman, lo siento.

—No pasa nada, voy a por un café, ¿quieres uno?

—Mira, a un segundo cafecito de buena mañana no podría decirle en la vida que no.

—Pues entonces fantástico, ahora te lo traigo.

Respiré hondo porque soy una bocazas y un tanto metomentodo, pero es que no entendía que dos hombres así se rodearan de aquellas dos pérfidas, que a su lado Maléfica debía ser una mera aprendiz.

No tardó en llegar con un par de cafés y volvió a cerrar la puerta de su despacho. En ese momento yo estaba ligeramente agachada con el plumero y al incorporarme noté que me estaba mirando con ojos golosones.

—Ah, ya estás aquí. No te había escuchado.

—Sí, sí, espero haber acertado con el café, siéntate si quieres.

¿Siéntate si quieres? O yo era un poco tonta o algo que me decía que el jefe no se tomaba un café en su despacho con todas las limpiadoras. Y eso que el tío no podía ser más amable con nosotras, pero no era engreimiento; notaba que me miraba de una forma especial.

—Vale, gracias. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro, dime.

—¿A ti te gusta tu trabajo?

—Sí, lo cierto es que disfruto muchísimo haciéndolo. Ahora traigo entre manos un proyecto muy gordo que, si sale, nos dará un impulso impresionante.

—Vaya, pero vosotros no necesitáis ningún impulso, ¿no? Me refiero a que ya parece que lleváis metido de serie un cohete en el culo y no pensáis parar hasta llegar a lo más alto.

—¿Un cohete en el culo? Vania, qué cosas tienes, no se me hubiera ocurrido explicarlo así en la vida.

—Bueno, aunque Amelia y Paloma, perdona que te diga, pero esas parece que lo que llevan metido es el palo de una escoba, Yo no he visto a dos tipas andar más derechas en mi vida—Me puse a imitarlas, más tiesa que un ajo y él terminó riendo a carcajadas.

—Eres un caso...

—Perdona, perdona, pero es que yo no sé lo que me pasa. Cuando me quiero dar cuenta ya he soltado por la boca un disparate detrás de otro, soy una bocachancla. Me termino el café y sigo limpiando.

—Me gusta oírte, Vania. Ya te lo he dicho, eres la única persona en esta empresa que llama a las cosas por su nombre y yo eso lo valoro mucho.

—Yo es que si no digo las cosas revienta, Héctor. Mira, prefiero que me larguen de un sitio en el que he puesto los puntos sobre las íes a quien sea a quedarme en él con la boca tapada. A mí es que no ha nacido quien me tape la boca, ¿sabes? Y mucho menos dos estiradas que no saben lo que es tener callos en las manos de la fregona ni se lo imaginan.

Capítulo 10



La semana fue pasando sin grandes novedades, sobre todo porque al no estar Paloma, tampoco Amelia se dejó caer por allí y eso le dio un plus de tranquilidad increíble.

El viernes, a falta de un par de horas para dar el pistoletazo de salida al finde, las cosas cambiaron. Y no porque apareciera ninguna de las dos, sino porque se fue la luz y nos pilló en el ascensor a Héctor y a mí.

—Esto te pasa por rapidito, jefe. Si no hubieras llegado volando y abierto las puertas del ascensor justo cuando ya se estaban cerrando, te habrías ahorrado el disgusto, porque vaya plan, ¿crees que tardarán mucho en venir a abrirnos?

—Si te digo la verdad, ni lo sé ni me importa.

—¿Y eso? Pero tú tendrás mucho que hacer y a mí todavía me queda por darle un repaso a dos de los despachos de la última planta, por mucho que allí no haya un alma.

—¿Y? —me preguntó con absoluta tranquilidad.

—Pues eso, hombre, que esto es un desastre, vaya plan.

—¿De verdad? Para mí no, yo casi que estoy contento de que haya sucedido.

—¿Y eso? —le pregunté como quien no quiere la cosa porque, aunque un tanto cortada, yo estaba allí con él más a gusto que un arbusto.

—Pues eso porque a mí me sale el estrés por la punta de las orejas, me duele todo, y con esto me veo obligado a parar un poco.

—¿Tan estresado estás? Jo, para que luego digan de los ricos—le solté una de las mías.

—¿Qué dicen de los ricos?

—Pues ya sabes, que si vuestra vida es jauja, que si no dais palo al agua y que si tal y Pascual.

—No seré yo, te lo puedo asegurar. Desde poco después de los veinte me he dejado el pellejo en esta empresa en la que echo más horas que un reloj.

—He escuchado decir que te quedas muchas tardes a trabajar, ¿eso es cierto o es una leyenda urbana?

—Es cierto, es cierto. Y más ahora con el nuevo proyecto. Ya lo verás algún día si te toca hacer horas extras.

—Pues vale, pero ese día traeré bizcocho de limón casero y me harás el favor de hacer un alto en el camino, que la vida hay que endulzarla.

—Perfecto, me pierdo el bizcocho casero, pero me tienes que hacer el favor de que no se entere Paloma, que no quiero que me dé la brasa.

—¿Paloma no quiere que comas dulces?

—No, ella y el azúcar no se llevan demasiado bien. Digamos que no prueba los dulces ni por equivocación, vaya.

—Normal, ahora entiendo la cara de rancia esa que gasta. Oye, que no digo que haya que atiborrarse, que a mí también me gusta lucir palmito, pero que un capricho hay que darse o una no vivirá más años, pero la vida se le hará la mar de larga.

—Eres muy graciosa, Vania.

—Y tú muy tranquilo—le contesté con la sonrisa en los labios.

—¿Y eso? ¿Por qué me lo dices?

—Porque para andar tan estresado, anda que le has dado al botón de alarma.

—Anda, vaya despiste. Tienes toda la razón, qué desastre.

—No pasa nada, hombre, que no tiene ninguna importancia. Oye, ¿y dónde dices que te duele?

—En la espalda, pero hoy también en los hombros, que me los noto cargadísimos.

—Es el estrés, no creo que te descubra la penicilina diciéndotelo, pero te lo tendrías que hacer mirar.

—Más que hacérmelo mirar, tendría que cambiar de trabajo para poder decirle adiós.

—Lo que pasa es que entonces perderías el glamur ese de jefe que Dios te ha dado. Lo que yo sí que haría es darte un masajito a ver si consigo que te relajes.

—¿Se te dan bien los masajes?

—No es por nada, pero creo que tengo buena mano para ello. O al menos eso me decía mi madre cuando estaba a pacha. Y te aseguro que ella no es de regalarme el oído.

—¿Tu madre estuvo enferma?

—Sí, a consecuencia de un tumor. Ahora ya está mucho mejor, pero el mal carácter que traía de serie se lo ha terminado de arreglar porque está insoportable.

—No hemos tenido mucha suerte nosotros en cuestión de madres, ¿no?

—Eso parece, chico, pero es lo que toca. Eso sí, hay que consolarse. Mira, tú eres jefazo y yo he encontrado el trabajo de mi vida, ¿qué más podemos pedir?

—¿El trabajo de tu vida? Es una broma, ¿no?

—En mi barrio, llevarte mil cuatrocientos euros a casa no es ninguna broma, no. Que yo entiendo que eso te lo gastas tú en pipas, pero para mí es un tesoro.

—Yo no es que me lo gaste en pipas, pero conozco a alguien que se gasta mucho más que eso cada vez que sale de compras.

—Ya, la Barbie ensiliconada—le solté y eso sí que no lo pensé.

—¿Cómo la has llamado? —Se echó a reír.

—Chico, pues lo siento, pero la he llamado la Barbie ensiliconada, que es como yo la tengo agendada en mi cabeza.

—¿Lo dices por...?

—Lo digo porque lo único que debe tener suyo es el cielo de la boca, porque iba a decir las pestañas, pero esas igual no.

—Sí, Paloma está francamente obsesionada con su cuerpo desde hace ya un tiempo.

—Un tiempo que será más o menos desde que nació, porque tanto retoque no se hace en dos días.

—Supongo que tienes razón. Oye, ¿puedo pedirte un favor?

—Tú me dirás, sigues sin darle al botoncito, de manera que aquí tenemos para largo.

—¿Puedo tomarte la palabra para que me des un masaje de esos tuyos? Así matamos dos pájaros de un tiro; comprobamos si es cierto que se te dan tan bien e igual logro relajar un poco los hombros, que me están matando.

—Pues claro, hombre, que a mí no me cuesta nada. Eso sí, el tiempo que estemos aquí, te lo descuento de la limpieza, que es viernes y hoy tengo ganas de salir.

—Me parece perfecto. Sobre todo, si mientras me cuentas por qué tienes tantas ganas de irte.

—Pues mira, porque hoy mi amiga Marta y yo vamos a ver un piso. Y si nos cuadra, nos independizaremos en poco más de un mes, cuando yo tenga algo más de pelás.

—¿Qué me estás contando? Pero esa es una gran noticia, parece que todos vamos a tener novedades para ese entonces.

—¿Novedades? Pero tú ya te has independizado, que vives en el nido de amor con tu Palomita.

—¿Me estás provocando para que saque a pasear la lengua? Porque si es así, no lo vas a conseguir. Mis novedades van por otros derroteros; mi padre se jubilará por fin, daremos una gran fiesta para poner el broche de oro a su brillante carrera y me quedaré solo al frente de este buque.

—Pero tú ya estás solo, si tu padre solo hace de figurante.

—No te falta razón, pero de una manera u otra todavía está ahí el hombre. Y como más sabe el diablo por viejo que por diablo, sus consejos suelen ser muy valiosos.

—Ya, ve quitándote la chaqueta que te voy a dar el masaje.

—¿Me la quito?

—No, si te parece te la dejas y te pones encima una cota de malla. Retira también la camisa y deja los hombros al aire o no podré masajearte.

—Como quieras, aquí la jefa eres tú.

—Pues eso, hazme caso y me cuentas, ¿te da miedo ese momento? Porque tú debes ser de los que estudiaron hasta el final y que, en vez de coleccionar cromos, coleccionaste másteres, uno detrás de otro.

—Tampoco te pases, aunque sí sé que estoy preparado. Lo que pasa es que hay veces en la vida que uno se cuestiona cosas.

—No me digas que estás ya con lo de la dichosa crisis de los cuarenta...

—Ey, no te pases, que todavía me quedan tres años para eso.

—Y más todavía para la pitopausia, así que no deberías pensar en tonterías. Andando pensaría yo en ellas si tuviera tu puesto y tus posibilidades.

—No creas que es oro todo lo que reluce, ¿y qué brutalidad es esa que has dicho de la pitopausia?

—No me cambies de conversación, que eso lo has entendido perfectamente, ¿qué te tensa tanto?

Puse mis manos sobre sus hombros y no es que los notara cargados, es que soportaba una carga increíble en ellos.

—Supongo que el día a día, no le des más vueltas.

Se había desabotonado la camisa y dejado en parte al aire un torso que me dejó bizca, pues en él se podían contar los abdominales. Parecía un lebrillo de fregar de esos de las antiguas que había visto yo en fotos de mis abuelas.

Las vueltas las dieron mis ojos, que no sabían dónde mirar y él debió notarlo, porque se me escapó un suspiro de lo más sospechoso.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Todo perfectamente, no lo dudes.

Levantó sus ojos y los enfrentó con los míos. El verdor de estos se me antojó irresistible y tuve que hacer

verdaderos esfuerzos para mantenerle la mirada sin que se me notara lo que estaba pensando. De hecho, no sé si lo conseguí.

Lo que sí sé a ciencia cierta es que la temperatura de su cuerpo se elevó tanto como la del mío, pues para eso tenía las manos puestas sobre él y lo noté.

—Eso que estás haciendo es magnífico, ni mi fisio consigue relajarme tanto—reconoció finalmente.

a

—Ya te dije que se me daba bien. Y eso que no estamos así en una camilla con el aceitito y tal, que ahí sí que fliparías.

—No estoy, pero ni te imaginas lo que me gustaría estar—murmuró.

Hice como quien no se había enterado porque el ambiente se estaba caldeando por momentos y tenía la sensación de que en cualquier momento se levantaría y, como en las pelis, me besaría con pasión pensando que sería mejor pedir perdón que permiso.

No lo hizo en ese instante, pero sí se incorporó unos quince minutos más tarde, cuando por fin llegó el técnico y nos dijo que enseguida nos liberaría.

—¿Y si te digo que se me ha hecho corto? —me preguntó con una preciosa sonrisa en los labios mientras abotonaba su camisa.

—Eso será porque en el fondo no tienes tantas cosas que hacer como dices—le contesté burlona.

—Será eso y no que...—Se calló en el momento en el que más deseaba que continuara.

—¿Y no qué? —le pregunté porque la curiosidad mató al gato, pero conmigo también haría estragos.

—Es mejor que no diga ni haga nada, Vania, por tu bien y por el mío—me confesó sin mirarme.

No obstante, no habían pasado ni cinco segundos cuando sí lo hizo. Me miró y, sin más, sus labios fueron a toparse con los míos y ambos nos devoramos durante unos segundos.

—Ya casi está, no se preocupen—nos advirtió el técnico como si alguno de los dos tuviera ganas de que aquello acabase; pues no estaba equivocado el hombre ni nada.

—¿Héctor? Cariño, ¿estás bien? —Escuchamos en ese momento y comprendí que mis horas de tranquilidad en la empresa se habían acabado. Qué oportuna la condenada.

o

—Estoy bien, Paloma, no sufras. Enseguida abrirán.

l —Mejor así, mira que quedarte encerrado y solo, con lo bien que estaríamos los dos en ese ascensor.

La engreída habló como si estuvieran a solas con el técnico, ignorando que yo me estaba partiendo la caja para mis adentros.

—Paloma, no te preocupes por nada. Puedes ir a hacer tus cosas, ya te aviso en cuanto esté fuera.

—No, no, yo me quedo, que le pienso dar a mi chico un megabesazo de llegada en cuanto lo tenga enfrente, ¿o es que no lo estás deseando?

Miré hacia el suelo porque toda la culpa era mía. Yo me estaba metiendo solita en un lío muy gordo cuando lo cierto es que sabía que eso casi nunca sale bien.

—Paloma, por favor, ¿qué va a pensar este señor? Cállate un poquito.

—Ains, qué soso te las vuelto. Pues no es por nada, pero he pensado en mil planes para el fin de semana, que lo sepas. Así que no me vengas con estreses, con dolores de hombros ni con nada parecido, que no vamos a parar en casa ni en minuto.

—Lo que me faltaba—suspiró.

Negué con la cabeza.

—No, lo que me faltaba a mí es que me vea aquí contigo—murmuré.

—Tú no has hecho nada malo, así que cuando te interrogue con la mirada, pon cara de póker y punto.

—Pero eso la pondrá como un basilisco, no te entiendo.

—Tú hazme caso y no te preocupes por nada.

—Cariño, ¿hablas con alguien?

—Sí, amor. Es que has dado por sentado que estaba encerrado solo, pero te has equivocado.

—Uy, qué bochorno, ¿estás con tu padre? Suegro es que he llegado un poco eufórica de mi viaje.

—No, Paloma, no estoy con mi padre—le dijo justo en el momento en el que las puertas se abrían.

—Vaya, esto sí que es una novedad, parece que me voy a encontrar a la limpiadora hasta en la sopa—graznó con malas pulgas.

—La limpiadora tiene un nombre y es Vania, ¿qué tal tu viaje? —le preguntó él sin la más mínima efusividad.

—Todo perfecto, pero ya sabes eso de tener un buen día, que siempre se corre el riesgo de que llegue alguien y te lo fastidie.

La miré justo como Héctor me dijo que hiciera, con cara de póker, y detecté la incertidumbre en sus ojos. Si algo me dijo su mirada es que sabía que su novio no sentía lo que debía sentir por ella, pero era de esas personas que viven de cara a la galería y que lo único que valoran es el qué dirán.

—Buenas tardes, Paloma—murmuré irónica.

—Quítate de mi vista—me contestó sin filtro de ningún estilo.

—No, Paloma, no estoy con mi padre—le dijo justo en el momento en el que las puertas se abrían.

—Vaya, esto sí que es una novedad, parece que me voy a encontrar a la limpiadora hasta en la sopa—graznó con malas pulgas.

—La limpiadora tiene un nombre y es Vania, ¿qué tal tu viaje? —le preguntó él sin la más mínima efusividad.

—Todo perfecto, pero ya sabes eso de tener un buen día, que siempre se corre el riesgo de que llegue alguien y te lo fastidie.

La miré justo como Héctor me dijo que hiciera, con cara de póker, y detecté la incertidumbre en sus ojos. Si algo me dijo su mirada es que sabía que su novio no sentía lo que debía sentir por ella, pero era de esas personas que viven de cara a la galería y que lo único que valoran es el qué dirán.

—Buenas tardes, Paloma—murmuré irónica.

—Quítate de mi vista—me contestó sin filtro de ningún estilo.

Capítulo 11



Unas horas más tarde quedé con Marta para ver el piso y ella me lo leyó en la cara.

—A ti te ha pasado algo hoy, guarrilla, no me lo niegues porque lo llevas escrito en la frente.

—Gracias por lo de guarrilla, pero no te lo puedo negar; me he quedado encerrada con Héctor en el ascensor.

—¿Y te lo has tirado?

—Hija de mi vida, qué finura. Desde luego, que todo lo tonta que eras de pequeña lo eres ahora de espabilada.

—Es que he tenido buena maestra.

—Pero no con los tíos. No jodas que yo soy así con los tíos porque no, que no sabía ni dónde mirar, con eso te lo digo todo.

—Pero al menos os habéis liado, no me dejes en ascuas.

—Un beso, nos hemos dado un beso.

—Por ahí se empieza y en breve, te habrás revolcado con él.

—Que no, que ya te he dicho que yo no me quiero pillar por él.

—Y eso estaría cojonudo de no ser por el pequeño detalle de que ya lo estás.

—¿Ya lo estoy? Venga ya, que no...

—A robar vas a venir a la cárcel, Vania. Oye, ¿estás segura de que cojamos el piso o te irás a vivir con él la

semana que viene?

—Tú sigue, que anda que no me estás dando caña, ¿aceptan nuestras condiciones?

—Sí, entraríamos en un mes y medio más o menos, a primeros de noviembre.

—Anda, para Halloween, si nos damos prisa con la mudanza podemos celebrar una megafiesta de inauguración.

—Mira, esa sí que es una buena idea, pero vamos a ver primero si nos gusta el piso.

—Pero si tú ya subiste con el vikingo ese, ya lo conoces.

—Sí, pero en lo que menos me fijé fue en los muebles, la verdad.

—Ya, para qué preguntaré yo nada.

Subimos con la dueña, Gertrudis, y mucho me temí que como esa señora tan antigua hubiera decorado el piso, los muebles serían como los del primo hermano de Drácula, pero me equivoqué.

—Mi hija Susana es la que se encargó de amueblarlo todo, que muy blanco lo veo yo, pero bueno—nos comentó al entrar.

—Pues a mí me encanta el blanco, está precioso.

—Si yo no digo que no, lo que pasa es que el blanco es un color muy puerco y yo es que con la mierda no puedo, ¿vosotras sois escamondadas?

—¿Cómo dice, señora?

—Que si sois escamondadas, porque los últimos que se han ido, que solo han estado unos días, lo han dejado todo de pena. Con un palaustre le dije a mi hija que tendríamos que quitar la mierda, pero no... ¿Sabéis quién la quitó?

—Usted, señora, seguro que usted.

—Eso es. Yo, que me vine con unas cuantas garrafas de lejía y las eché al gusto, así por todos los rincones. Y luego cogí un cepillo de esos de los antiguos, de los duros, y dale que te pego, como si estuviera en la cubierta de un barco. Nada de esas mopas modernas, que son una auténtica porquería.

—Señora, usted se podría venir conmigo a limpiar a mi empresa, que en tres horitas se ventilaba el edificio entero

—¿Tú trabajas de limpiadora, muchacha?

—Sí, ocho horas todos los días, así que de darle al mocho sí que entiendo.

—Ay qué alegría, no os preocupéis que os lo alquilo a vosotras, aunque tenga que esperar un poquito. Dadme ciertos de señal y punto, porque solo de pensar que se me vuelva a meter aquí una panda de gorrinos es que me da un jamacuco.

—Ni se preocupe que la casa se la vamos a tener limpia como la patena, ¿podemos echar otro vistacito?

—Claro que sí. Yo me siento aquí a ver un ratito el “Sálvame” y vosotras hacéis lo que os venga en gana, que me están matando las varices.

Gertrudis casi se tumbó en el sofá, con el mando en la mano, y nosotras soñamos despiertas por todo el piso. No es que fuera grande ni mucho menos, pero sí muy coqueto e incluso de los más modernitos del barrio, lo que no quitaba para que tuviese sus buenos treinta años. Eso sí, lo habían reformado por completo hacía dos y amueblado entero de Ikea con tonos blancos salpicados de ciertas notas de color en cortinas, cojines y otros complementos.

—Es una cucada, yo me muero ya por estar aquí, Martita.

—Y yo, Vania, es que es un sueño hecho realidad. Toda la vida juntas y ahora, por fin, vamos a compartir piso.

—¿Qué cuchicheáis? No os habréis sentado encima de las colchas, ¿no? Que después hay que lavarlas y tienen lo suyo para plancharlas, que en eso no han pensado los del Ikea. Si necesitáis ayuda cuando las lavéis, me vengo yo con un centro de planchado que tengo que es una maravilla...

—Por Dios, que se calle, esa señora, vámonos ya—le pedí.

—El piso perfecto no podía ser, guapa; aquí la tara la tiene la dueña.

—Bueno, no te preocupes, que de taradas ya entendemos tú y yo un rato largo.

Salimos a la calle con la intención de tomar algo y nos despedimos de Gertrudis.

—Pues nada, niñas, ya nos veremos. Y lo dicho, si os hace falta que me venga con un cubo y una buena fregona e día que lo cojáis, me avisáis, que yo me remango y en nada le sacamos al piso hasta brillo.

Nos echamos a reír cuando ya la vimos calle abajo. La mujer, que era una obsesa de la limpieza, tenía una cojera

considerable, pero eso no evitaba que cogiera los bártulos y se quedara sola limpiando.

El piso contaba con dos dormitorios, salón, baño, cocina y terraza, todo de lo más cuco y distribuido en unos sesenta metros cuadrados. Para nosotras, un auténtico paraíso que significaba una sola cosa; independencia.

1 —Oye, ¿y quién se va a quedar el dormitorio con la cama de matrimonio? Porque el otro tiene dos camas...

1

—Yo, bonita, y te voy a explicar la razón—Quiso darme coba.

—Como si no lo supiera; ahora dirás que tú le vas a dar uso y yo no, ¿a que es así?

—Pues claro, ceporra, para qué querrás tú tanta cama, con lo especialita que eres con los tíos.

—Pues para estirarme en ella así, de brazos y piernas, ¿Qué te has creído? Oye, y que yo tampoco soy una monja de clausura, que también traeré mis ligues.

1 —Ponte como quieras, pero tú te vas a ligar a tu jefe y ese te llevará a sitios de esos de ricos; suites de hotel con enormes vidrieras...

—Tú ves muchas pelis, definitivamente el Netflix no entra en casa, que te está haciendo mucho daño.

—La que recibirá mucho daño eres tú como intentes quitarme el Netflix, que es el mayor de mis vicios después del sexo.

1 —Vale, pues te permito ver el Netflix a cambio de quedarme con la cama grande.

—¿Qué clase de negociadora de pacotilla eres tú? El Netflix lo voy a ver de todas maneras. Pues anda que...

considerable, pero eso no evitaba que cogiera los bártulos y se quedara sola limpiando.

El piso contaba con dos dormitorios, salón, baño, cocina y terraza, todo de lo más cuco y distribuido en unos sesenta metros cuadrados. Para nosotras, un auténtico paraíso que significaba una sola cosa; independencia.

—Oye, ¿y quién se va a quedar el dormitorio con la cama de matrimonio? Porque el otro tiene dos camas...

—Yo, bonita, y te voy a explicar la razón—Quiso darme coba.

—Como si no lo supiera; ahora dirás que tú le vas a dar uso y yo no, ¿a que es así?

—Pues claro, ceporra, para qué querrás tú tanta cama, con lo especialita que eres con los tíos.

—Pues para estirarme en ella así, de brazos y piernas, ¿Qué te has creído? Oye, y que yo tampoco soy una monja de clausura, que también traeré mis ligues.

—Ponte como quieras, pero tú te vas a ligar a tu jefe y ese te llevará a sitios de esos de ricos; suites de hotel con enormes vidrieras...

—Tú ves muchas pelis, definitivamente el Netflix no entra en casa, que te está haciendo mucho daño.

—La que recibirá mucho daño eres tú como intentes quitarme el Netflix, que es el mayor de mis vicios después del sexo.

—Vale, pues te permito ver el Netflix a cambio de quedarme con la cama grande.

—¿Qué clase de negociadora de pacotilla eres tú? El Netflix lo voy a ver de todas maneras. Pues anda que...

Capítulo 12



—¿Tú no tuviste bastante con lo violento que fue lo del viernes? Menuda cara con la que me miró la Barbie cuando nos vio juntos. Y no, tú vienes a subirte otra vez conmigo—le dije a Héctor cuando volvió a entrar en el último momento en el ascensor. Ese parecía estar espiándome como “La vieja del visillo”.

—Quería darte las gracias por ese masaje. No te lo vas a creer, pero me quitó mucha tensión de cara al fin de semana, he estado mejor.

—¿Y no habrá sido otra cosa lo que te quitara la tensión? Porque me imagino que después de un viajecito, los ricos también le dais al tema.

—No me siento cómodo hablando de esas cosas contigo, vas a tener que perdonarme.

—¿Y por qué tendría que perdonarte? Qué más te dará la opinión de una simple limpiadora...

—Porque jamás te he tratado como a una “simple limpiadora”, mereces todo el respeto del mundo. Y por otra cosa más...

—¿Por otra cosa más? Desembucha, que es lunes y no te imaginas la faena que tenemos por delante. Tu noviecita pagó su cabreo el viernes con el batallón de limpieza al completo y nos ha encargado una faena faraónica.

—¿Paloma ha hecho eso? —me preguntó preocupado.

—Sí, eso ha hecho. Y es raro, ella que es tan encantadora y empática, no sé qué bicho le habrá picado.

—Paloma está celosa de ti y lo sabes—me confesó abiertamente.

—Pues no sé por qué, es ella quien lo tiene todo mientras que yo tengo mira, te lo voy a enumerar; un carro de la limpieza, una escoba, un recogedor, un...

—No seas irónica, Vania, tú tienes algo que ella nunca tendrá y eso le duele.

—Como no te expliques mejor, mal vamos, porque a mí el rollo de los acertijos de buena mañana y en lunes, no me va mucho, te lo advierto.

—Paloma es consciente de que hay química entre nosotros y eso la mata.

—Ya, así que se llama química a eso que nos hizo besarnos el otro día.

—Más o menos, sí.

—Oye, y esa química, ¿para qué sirve exactamente? Porque perdona que te diga, pero no puedo evitar pensar que para complicarnos la vida.

—Y yo no puedo evitar darte la razón, pero es que no puedo dejar de complicármela.

—Cómo sois los ricos, ¿eh? Es que lo queréis todo. Oye, ¿te has fijado que estamos en la última planta? No creo que se te haya perdido nada aquí. Sigue estando desierta a la espera de que se ocupen los nuevos despachos.

Pero claro, lo que se perdieron fueron sus ojos en los míos y, antes de que nos quisiéramos dar cuenta, fueron no uno sino un montón de besos los que nos dimos aprovechando que aquello estaba más solitario que una celebración familiar de los Kennedy.

—Ey, para, para, para... esto es una locura—afirmé en cuanto mis labios se separaron de los suyos.

a

—Una locura que no quieres parar, igual que no quiero hacerlo yo.

—Héctor, a mí no me empujes al abismo, que mi vida es muy tranquila y luego llegan los llantos, que yo el final de ese cuento ya me lo sé.

—No hables de finales, Vania, tú solo déjate arrastrar.

—Claro, yo me arrastro y luego a ver quién me levanta. Lo siento, pero no puedo, de veras que no puedo, tienes que entenderlo.

—Pero ¿por qué, Vania?

—Vaya, tanta carrera y al final tendré yo que hacerte un esquema; porque con esto solo sales ganando tú, que al final lo tendrás todo y yo seré el segundo plato al que acudas siempre que el primero te deje con ganas de más. Y

yo para segundo plato como que no he nacido.

—Vania, yo...

—Por favor, tienes que entenderlo, no me compliques más. Tengo mucha faena y ya verás como tu Palomita viene a pasar revista y para leerme la cartilla si algo no es de su gusto.

—Búscame en ese caso, no se lo permitas, por favor.

—¿Y meterme detrás de tus pantalones haciéndole ver que le tengo miedo? Tú a mí no me conoces. Mira, en mi barrio a las Palomitas como a la tuya nos las desayunamos nosotros de dos en dos.

—¿Sabes que ya me gusta ese barrio tuyo solo de oírte hablar por él?

—Ya, ya, eso hasta suena muy bien, pero tú eres de los pijos que luego, cuando llegan a un barrio como el mío, lo bordean por si les birlan la cartera, tú me entiendes.

—No es justo, yo no he hecho distinción entre las personas.

—¿No? Pues entonces dime una cosa, ¿tú estarías con una chica como yo? Con una simple limpiadora que el único idioma que habla aparte del castellano es el castellano con tacos.

—Sí, ¿y? Además, yo podría enseñarte idiomas...

Se ve que se le fue la pinza y que por un momento se vio en una situación que no se daría jamás.

—¿Y entonces? ¿Por qué sigues con una mujer a la que no quieres ni de lejos? ¿Me puedes contestar?

Se hizo un silencio entre nosotros que no fue corto, pero que se me hizo todavía mucho más largo de lo que en realidad fue.

—No, no te puedo contestar.

—¿Lo ves? Lo que yo te diga. Héctor, que todo eso de la química es muy chulo y todo lo que tú quieras, pero que a la hora de la verdad, el cuento no ha cambiado; los ricos se casan con los ricos y los pobres con los pobres.

—Las cosas no son como tú las ves, Vania.

—Ni como os las enseñan en esos colegios elitistas en que os criáis entre vosotros, como si el resto del mundo no

existiera y donde todos estáis destinados a heredar un imperio.

— No ha sido tan fácil para mí, eso dalo por hecho, a veces las cosas se complican.

e—¿Y tú podrías explicármelas? Porque yo sí que las veo la mar de sencillas. Ya sabes cuál es mi problema; que llamo a las cosas por su nombre, para bien y para mal.

—Me tengo que ir, Vania. Te deseo una buena mañana.

Lo dejé ir con la ilusión de que al llegar al ascensor se volviera y me mirara. Efectivamente, lo hizo, comiéndome con los ojos y yo no me di por enterada hasta que las puertas de este se cerraron.

En ese momento, las lágrimas se adueñaron de mis ojos porque pensé que la vida era muy injusta, ¿por qué no podría ser Héctor como uno de esos chicos del barrio a los que vacilaba porque comían de mi mano en cuanto me apetecía? ¿Por qué me estaba enamorando poquito a poco de mi jefe? ¿Por qué yo todavía no conocía el amor en condiciones?

Los pocos chicos con los que había salido más que el príncipe del cuento me salieron rana. Por eso yo mostraba ciertas reticencias a la hora de emparejarme y más todavía de enrollarme por las buenas con nadie.

Seguí limpiando a golpe de Malú, fregonazo va y fregonazo viene. A voz en grito, canté con los cascos puestos, porque necesitaba desahogarme.

Minutos más tarde, sentí un dedo que me daba golpecitos en el hombro y me volví, totalmente sobresaltada.

—¿Tú eres idiota o qué te pasa? Héctor está tratando de mantener una conversación con los japoneses y ni concentrarse lo dejas, menudo recital nos estás dando. Qué asco te tengo, y que no te pueda poner ahora mismo en la puerta de la calle... Pero no te preocupes que todo llegará, torres más altas han caído y yo a ti te echo de aquí dándote una patada en el culo como Paloma que me llamo.

—Aprovecha que el mío es natural y se puede patear, porque si fuera el tuyo, madre mía... Se te desinfla y hay que llamar al cirujano de Barbies que esté de guardia, ya me callo, no te preocupes.

—Tú, sigue, que el que la hace riendo, llorando la paga.

—Eso mismo te digo yo a ti, bonita.

—Lo de bonita es lo único coherente que has dicho, desgraciada. Si eres capaz, que tenga yo que volver por aquí : leerte la cartilla, que me darás el pretexto perfecto para despedirte.

—Eso sería si tú pudieras—le sonreí con todo el sarcasmo que pude acumular.

1

a

—Eso sería si tú pudieras—le sonreí con todo el sarcasmo que pude acumular.

Capítulo 13



No voy a decir que fuera fácil trabajar allí, pero yo necesitaba el dinero y tenía claro que no había alternativa.

Los días comenzaron a correr y yo con ellos, volando de un lado para otro con mi mocho y con mis cascos de música puestos a todas horas, escuchando desde Malú hasta El Barrio, pasando por El Arrebato y tantos otros que me encendían el alma con sus canciones.

—Por fin te encuentro—me dijo aquella mañana Héctor cuando subió a la tercera planta, todavía desierta.

—¿Por fin me encuentras? Pues no he estado tan perdida, que yo sepa no he faltado ningún día al trabajo.

Habían pasado un par de semanas desde nuestra última conversación, pero lo cierto es que lo estaba esquivando adrede. Y es que la química esa de la que me hablaba debía ser como el chicle, que se estiraba por momentos, y y de lo último que tenía ganas era de sufrir y menos todavía, de que llegara un momento en el que me quedase sin trabajo.

—No has faltado, eso ya lo sé. Lo creas o no, te tengo totalmente fichada.

—Querrás decir que nos tienes fichados a todos los trabajadores como el jefazo que eres, ¿no?

—No, quiero decir justamente lo que he dicho; que te tengo fichada a ti. ¿Por qué no vienes ya por las mañanas a limpiar mi despacho? Sabes que estoy llegando muy temprano, pero siempre me encuentro a Ana.

—Pues entonces, ¿para qué preguntas? Obvio que no voy porque se lo he cambiado.

—Pero no es a ella a quien deseo ver cuando llego a primera hora.

—Y yo deseo muchas cosas y me tengo que conformar con lo que hay. Eso lo he aprendido desde chiquitita. Lo que pasa es que a mí me da que tú has sido un niño un pelín malcriado de esos que lo ha tenido todo y te crees que cuanto quieras, puedes comprarlo. Siento decirte que no es así. Por cierto, ¿tu Barbie cómo está?

—No metas a Paloma en esto, que es entre tú y yo.

—Eso está muy feo, Héctor, y yo no es por nada, pero tú muchos números, muchos números y al final, no sabes contar. En esta historia somos tres te pongas como te pongas.

—Deja a Paloma a un lado, por favor.

—No pienso hacerlo. Es más, ¿por qué no lo haces tú?

—¿Qué? ¿Qué tendría que hacer yo?

—Tan listo para algunas cosas y tan torpe para otras, Héctor. Dejar a tu Palomita a un lado, ¿por qué no lo haces tú? Pero no me refiero a lo fácil, a echar un polvo y que ella no se entere. Verás, para estar conmigo, deberías poner más carne en el asador.

—Vania, me tengo que ir, se me está haciendo un poco tarde.

—Ya, esa es la de todos. Cuando se os toca a vuestras noviecitas, por muy Barbies y más tontas que una caída de espaldas que sean, os entra el canguelo y las prisas. Muy bien, Héctor, pues solo te pido una cosa; a mí dame oficialmente por desaparecida, que cumpliré con mi trabajo y punto. Tú y yo no hemos comido en ningún plato juntos y no vamos a hacerlo ahora.

—Está bien, lo entiendo. Vania, tengo que pedir perdón porque sé que no paro de molestarte.

—Muy bien, veo que lo vas entendiendo, al menos algo hemos adelantado.

Se dio la vuelta y resopló. Me costaba la misma vida hacerme la tonta y disimular lo muchísimo que me gustaba, ¡qué cruz!

Prefería que se fuera, que me dejara trabajar en paz, ¿lo prefería de verdad? ¡Y un cuerno lo prefería! Antes de llegar al ascensor, Héctor se volvió, me miró y, casi de una carrera, corrió de nuevo hacia mí y comenzó a besarme con toda la fuerza que sus carnosos labios le permitían. Aquella boca, tan bonita que parecía estar dibujada, se puso al mando de una situación que yo sabía dónde nos llevaría irremediablemente, porque cada día el deseo estaba ahí, en sus ojos, lo mismo que en los míos.

—Héctor, que nos pueden ver, ¿no te das cuenta? —le pregunté cuando por fin nuestros labios se separaron.

;

—No nos va a ver nadie, pero ven—Me tomó de la mano y me llevó hasta un último despacho, que caía ya por

donde Cristo perdió la boina, y que se aseguró de cerrar con llave antes de mirarme y, con frenesí contenido, quitarme la parte de arriba del uniforme con tal fuerza que dos botones salieron literalmente volando.

—Así se hacen las cosas, ya me dirá el jefe cómo salgo yo luego de aquí—le comenté con la libido subida.

—Si por mí fuera, no te dejaría salir de aquí nunca—me confesó.

—Nunca es una palabra muy grande, deberías tener cuidado con las cosas que dices.

—Sé lo que digo, sé lo que deseo y lo que deseo eres tú...

Terminó por quitarme también los pantalones de un tirón y a punto estuve de hacer un charco en el suelo.

A continuación, se despojó de su camisa y ahí fue cuando volví a ver ese torso que Dios le había dado y que haría que cualquier mujer quisiera deleitarse en él.

A él no se le fue por alto cómo lo miré, de la misma forma que yo me quedé con el cante de que se moría por quitarme el conjunto de ropa interior blanco que llevaba. Blanco, no podía ser de otro color, pensé, pero es que yo allí iba en teoría a trabajar, y no a ponerme las botas.

Antes siquiera de quitarse los pantalones, me dejó con el disfraz de Eva, totalmente expuesta ante unos ojos de los que emanaba lujuria a borbotones.

Nada dijo y nada hizo falta, porque cuando echó mano a mi sexo y comprobó que podía competir en humedad con el caudal de un río, escuché cómo se desabrochaba esos pantalones, pues acababa de darme la vuelta y colocado sobre una mesa.

Tampoco hizo falta palabra alguna para que, en el seno de aquel improvisado escenario sexual, diera rienda suelta a sus más primarios instintos y me embistiera sin más, logrando sacar de mí un gemido tan intenso que yo misma me mordí el labio para no alertar a la oficina al completo.

Notar cómo salía y entraba de mí me produjo unas sensaciones nunca experimentadas, como si miles de impulsos nerviosos de lo más placenteros recorrieran mi cuerpo de arriba abajo mientras mis pies se contraían por el placer y alcanzaban a rodear sus torneadas piernas.

El vaho terminó por empañar el frío cristal de la mesa, pues yo estaba de cara a él... Un frío que contrastaba vivamente con el ardor que procedía de mi interior, lo mismo que del suyo, y que amenazaba con que el fuego de la pasión que estábamos viviendo terminara por incendiar una estancia destinada a permanecer en mi recuerdo para siempre.

Cuando me hubo penetrado hasta la saciedad y notó que disfruté de un orgasmo que me perló de sudor el cuerpo entero al mismo tiempo que empapó su sexo, me dio la vuelta para que el verde de esos ojos que yo ya veía hasta en sueños se sumara a aquella fiesta del placer que estábamos celebrando.

Clavando su mirada en la mía, volvió a penetrarme esta vez de frente. El culo me dolió al sentarme de los muchos apretones que recibí por su parte mientras me estaba embistiendo. No voy a decir que aquel sexo clandestino fuera ni mucho menos delicado, pero es que no era delicadeza lo que ninguno de los dos anhelaba en esos frenéticos momentos.

La intensidad de aquellos minutos me enseñó una nueva dimensión del sexo, una en la que solo me quedaba implorarle que el ritmo no cesara, porque cuanto más lo aumentaba él, más crecía en mí la absoluta necesidad de que aquella escalada de placer fuera a más.

Con las manos juntas, mientras él me las apretaba fuerte, logré un segundo orgasmo que avivó el fuego de sus ojos mientras evitó el escándalo propio del momento, el que se hubiera escapado irremediabilmente de mis labios, metiendo en mi boca sus dedos con la intención de que los mordiera.

Lo hice y vi el morbo en sus ojos; una mirada tan morbosa que a punto estuvo de provocar que le regalara un tercer orgasmo que, sin embargo, no tardó en llegar cuando, sin abandonar esa misma postura, comenzó a estimular mi clítoris y entré en una espiral placentera de tal calibre que acabé echando yo misma mano de esos dedos suyos en los que nuevamente volví a clavar mis dientes.

Mientras lo hacía, noté cómo el incesante bombeo de su miembro, ese miembro tan duro que exploraba al milímetro mi cavidad sexual, anunciaba un inminente final que llegó con un bocado, esta vez por su parte, que recibí en la parte posterior del cuello, después de retirar mi mata de pelo hacia un lado.

—Esto... yo no sé qué decir—murmuré mientras nos vestíamos.

—Hay veces que el silencio lo dice todo, ¿no crees? —me aseguró mientras me miraba.

Cuando me hubo penetrado hasta la saciedad y notó que disfruté de un orgasmo que me perló de sudor el cuerpo entero al mismo tiempo que empapó su sexo, me dio la vuelta para que el verde de esos ojos que yo ya veía hasta en sueños se sumara a aquella fiesta del placer que estábamos celebrando.

Clavando su mirada en la mía, volvió a penetrarme esta vez de frente. El culo me dolió al sentarme de los muchos apretones que recibí por su parte mientras me estaba embistiendo. No voy a decir que aquel sexo clandestino fuera ni mucho menos delicado, pero es que no era delicadeza lo que ninguno de los dos anhelaba en esos frenéticos momentos.

La intensidad de aquellos minutos me enseñó una nueva dimensión del sexo, una en la que solo me quedaba implorarle que el ritmo no cesara, porque cuanto más lo aumentaba él, más crecía en mí la absoluta necesidad de que aquella escalada de placer fuera a más.

Con las manos juntas, mientras él me las apretaba fuerte, logré un segundo orgasmo que avivó el fuego de sus ojos mientras evitó el escándalo propio del momento, el que se hubiera escapado irremediabilmente de mis labios, metiendo en mi boca sus dedos con la intención de que los mordiera.

Lo hice y vi el morbo en sus ojos; una mirada tan morbosa que a punto estuvo de provocar que le regalara un tercer orgasmo que, sin embargo, no tardó en llegar cuando, sin abandonar esa misma postura, comenzó a estimular mi clítoris y entré en una espiral placentera de tal calibre que acabé echando yo misma mano de esos dedos suyos en los que nuevamente volví a clavar mis dientes.

Mientras lo hacía, noté cómo el incesante bombeo de su miembro, ese miembro tan duro que exploraba al milímetro mi cavidad sexual, anunciaba un inminente final que llegó con un bocado, esta vez por su parte, que recibí en la parte posterior del cuello, después de retirar mi mata de pelo hacia un lado.

—Esto... yo no sé qué decir—murmuré mientras nos vestíamos.

—Hay veces que el silencio lo dice todo, ¿no crees? —me aseguró mientras me miraba.

Capítulo 14



Quedé con Marta esa misma tarde, porque no podía con la emoción y el miedo, a partes iguales.

—Vamos a ver, criatura, si a mí no me tienes que explicar nada que ya no sepa. Tú te lo has zumbado y punto, niégalo si eres capaz.

—Ea, pues ya me has hecho tú el resumen, no sé para qué te llamo.

—Me llamas porque, guarrilla, lo confieses o no, estás deseando darme todos los detalles, dime que no.

—Te digo que no.

—Venga ya, suelta, ¿el tío está bien dotado?

—No lo sabes tú bien. Está que cruje y eso es lo malo. Y encima no sabes cómo lo hace.

—¿Que folla de lujo? Pues es muy completo, sí. Lo llevas crudo para quitártelo de encima.

—Eso es lo malo. Es que tendrías que ver sus ojos de deseo; eran una auténtica pasada, tía.

—Pues imagino que como los tuyos. Y no te juzgo, ¿eh? Yo habría caído hasta mucho antes, sobre todo si dices que le dio así en plan salvaje.

—Y tanto. Desde el primer momento llevó las riendas y yo dejándome hacer, que disfruté como una loca, qué cosa.

—Vamos, que ha sido el polvo de tu vida...

Y sin pensarlo, allá que empezamos las dos a cantar sincronizadamente eso de ... *“Ay, dime quién se olvida del polvo de su vida...”*

Nos desternillamos, porque con Marta siempre había pasado lo mismo, que con todo terminábamos haciendo un chiste, pero yo estaba un poco asustada con la situación.

—Vale, vale, sí que lo ha sido, pero que no puede volver a pasar.

—Ya, por Paloma, ¿no? Pues te recuerdo que Paloma se merece ese par de cuernos y todos los que le quiera él poner, por estúpida engreída. Y tú, perdona, pero al menos así te cobras la mierda que tienes que aguantar por su parte.

—Ya, pero que esto no va del palo ese de que yo me saque un ojo para que a ella le saquen los dos, que yo no quiero salir perjudicada de esta historia.

—Pues yo no es por nada, pero ya es un poco tarde para lamentaciones, te lo advierto. Quieras o no, te estás metiendo en un berenjenal bueno.

—Tampoco tanto, ¿no? Con no volver a dar pie, listo.

—Muy fácil lo ves tú, pero es que parece que sois un imán el uno para el otro. Y eso no va a ser tan fácil de cortar te lo digo yo...

—No me rayes, que bastante lo estoy haciendo yo ya. Es que pienso en él y...

—Y te entran unas cosquillas por ahí abajo que te lo volvías a zumbar ahora mismo, ¿no es eso?

—Pues sí, pero que no puede ser, amiga. Y tú lo sabes...

—Yo lo único que te digo es que esto va a ir a más, quieras tú o no quieras.

—Y al final me voy a dar una leche como no está escrita, ¿no?

—Chica, yo no sé, porque tú vales mucho. Ignoro lo que pasará por la cabeza de ese tío, bastante tengo con lo liada que estoy yo ya.

—¿Tú? Pero bueno, esto sí que es una novedad. No me digas que ha entrado un padrazo de esos a los que se les cae la baba con sus retoños a comprar a la tienda y te has quedado prendada de él.

—Tú servías para guionista de telenovelas, ¿no?

—Ah, vale, que no es eso, ¿y entonces qué es?

—Entonces es Agustín, mira tú por dónde.

—¿Agustín? ¿Qué le pasa a Agustín? Vale, vale, ya me imagino, que no para de tirarte los trastos y te está agobiando. Te lo advertí, al final vas a tener que hablar con él.

—Lo que yo te diga, tienes una imaginación prodigiosa.

—Pues suelta ya lo que es, que me estás intrigando con tanto misterio, tontorrón.

—No sé, es que es muy raro, porque tú sabes que él a mí no me gusta.

—Sí, lo sé yo y lo saben hasta los hebreos, porque solo te ha faltado coger un megáfono y pregonarlo por todo el barrio.

—Ya, mucho tacto no he tenido nunca con él, ¿verdad?

—Ni mucho ni poco, ninguno.

—Pues es que ahora igual sí que me gusta un poco, ¿cómo se te queda el cuerpo?

—Helado, se me queda helado, ¿lo has hechizado? Porque igual los sapos también se convierten en príncipes azules y yo no me he enterado. O igual también es que te ha echado un tripi en tu café de esta mañana y eres tú la que se ha vuelto lela de repente.

—Ni lo uno ni lo otro, es que no sé, parece que está ganando puntos conmigo. Ya ni me parece tan feo.

—A ver, yo sé que la tienda va bien, pero la Virgen de Lourdes no creo yo que se haya pasado por allí, ¿no?

—Déjate de coñas, es que no veas cómo me trata.

—Ya, pero que él es muy amable, no esperarías que te tratase con la punta del pie.

—No, mujer, no es eso, pero que está teniendo unos detallazos conmigo que no sé, de repente lo miro con otros ojos.

—¿Con ojos de ternura? Porque muy alto tampoco es, pero si te inspira ternura como los chavalines que pasan por la tienda, mal vamos.

—No, tampoco es eso. Me inspira una cosita que luego llego a casa y me sigo acordando de él. Y para mí que eso es una señal, ¿no?

—Sí, hombre sí te acuerdas en plan guay, sí.

—Claro, es que mira, ahora le ha dado por poner flores frescas en la tienda y lleva uno días que coge una y me la da a la hora de cerrar, Y no es ya eso, sino la forma en que me mira cuando me la da.

—Ya, que está encoñado contigo, lo que pasa es que eso no es nuevo.

—Lo sé, pero a mí hasta hace nada como que me daba igual, por no decir que al principio hasta quería pedir el cubo de potar cuando me miraba, pero ahora... ¿sabes que lo miro yo a él también más de una vez?

—Ay, mi madre, esa sí que es buena, ¿y él se ha dado cuenta?

—Alguna vez sí, y vaya si se ha puesto contento.

—Oye, ¿tú no lo mirarás con pena?

—No, animal, lo miro porque me mola mirarlo y el jueguecito que nos traemos. Es que, vale que tiene las orejas de soplillo y la cara un poquillo rara...

—Más rara que un perro verde, querrás decir, que el primer día que entraste allí recuerda que me dijiste que no sabías si era el dueño o un Gremlin.

—Un poquito puñetera soy yo también, vale, pero que si ahora me mola el Gremlin, pues que me lo quedo y punto, ¿o quién se va a meter en eso?

—Ninguna, en eso puedes quedarte bien tranquila porque no te lo van a quitar, tú misma.

—Joder, es que no podemos ser tan superficiales, que todos no pueden ser bombones como tu jefe, también hay que mirar en el interior de las personas.

—Y a mí me parece estupendo, pero eso será ahora que lo puedes mirar sin que te dé la risa, jodida, que yo a ti te he escuchado soltar cada perla del chaval que vaya.

r —Vale, vale. Pues ahora donde dije digo, digo Diego, ¿pasa algo?

—Nada, nada. Tú sigue experimentando a ver si el truco está en buscarse a un feo, que con los guapos ya estamos viendo lo que pasa.

—Oye, que tú a mi Agustín no lo llames feo, que a él solo lo puedo insultar yo.

—¿A tu Agustín? Loca, te has vuelto loca. Y mira lo que haces que es tu jefe y la broma te puede costar cara.

—Espera, ¿y eso me lo estás diciendo tú?

—Anda, pues no había caído...

Las dos tonteando con nuestros jefes, aunque en mi caso las cosas habían llegado muy lejos. Yo no es que estuviera tonteando, es que comenzaba a jugar con fuego y corría el riesgo de quemarme. Y no hablo ya de que me atrincaran la Barbie ensiliconada y su suegra y me quisieran quemar en un caldero en plena Plaza Mayor, sino de que yo misma me ilusionara y me diera un trastazo tal que no tuviera ganas ni de levantar la cabeza. De haber podido, habría parado esa locura allí mismo, en ese punto, pero después de que el jefe me hubiera impregnado de su olor, este se había vuelto adictivo para mí.

—Nada, nada. Tú sigue experimentando a ver si el truco está en buscarse a un feo, que con los guapos ya estamos viendo lo que pasa.

—Oye, que tú a mi Agustín no lo llames feo, que a él solo lo puedo insultar yo.

—¿A tu Agustín? Loca, te has vuelto loca. Y mira lo que haces que es tu jefe y la broma te puede costar cara.

—Espera, ¿y eso me lo estás diciendo tú?

—Anda, pues no había caído...

Las dos tonteando con nuestros jefes, aunque en mi caso las cosas habían llegado muy lejos. Yo no es que estuviera tonteando, es que comenzaba a jugar con fuego y corría el fuego de quemarme. Y no hablo ya de que me atrincaran la Barbie ensiliconada y su suegra y me quisieran quemar en un caldero en plena Plaza Mayor, sino de que yo misma me ilusionara y me diera un trastazo tal que no tuviera ganas ni de levantar la cabeza. De haber podido, habría parado esa locura allí mismo, en ese punto, pero después de que el jefe me hubiera impregnado de su olor, este se había vuelto adictivo para mí.

Capítulo 15



—¡Vamos, vamos, lo quiero todo perfecto! Hoy vienen los japoneses y estas oficinas tienen que lucir maravillosas, que se note que hay nivel.

Me acerqué a Patri y a Ana, que estaban murmurando algo, pero la que de verdad llegó maldiciendo en lenguas muertas fue Eva.

—Pero ¿qué se habrá creído la tipa esta? Con el tute que nos dimos la semana pasada y ahora no veas, que dice que hoy nos vamos a enterar de lo que vale un peine.

—Ella sí que debe estar bien enterada, porque el pelo lo lleva siempre que da gloria. Ya quisiera yo—Se llevó Ana las manos a la cabeza para atusárselo.

—¿Qué es eso de que vienen los japoneses? Yo no sabía nada—me quejé.

—Mujer, no me lo tomes a mal, pero que no vienen a negociar contigo, sino con el jefe, normal que tú no supieras nada—intervino Eva.

—Ya, ya, pues estamos apañadas.

Y tanto que era normal que yo no supiera nada, como que llevaba días volviendo a esquivar a Héctor, desde que nos acostamos. Sabedora como era de que lo nuestro no tenía remedio y que sería vernos y volver a pasar lo mismo, puse en práctica eso de que quien evita la ocasión, evita el peligro.

Sin embargo, esa mañana ya no pude darle más esquinazo cuando me llamó a su despacho y, claro, tuve que acudir rauda.

—¿Me has llamado? —le pregunté.

—Hola, Vania, es que hace días que me es imposible hasta saludarte, por eso lo he hecho.

—Si te es imposible será por algo, a lo mejor es que yo no quiero mayores confianzas contigo.

Levantó una ceja y no puedo evitar un...

—¿Me lo dices en serio? A buenas horas mangas verdes.

—Mira, Héctor, que yo no quiero líos y tú y yo tenemos la mala costumbre de liarnos más de la cuenta en el momento que nos vemos.

—Ya lo sé, Vania y no voy a negarte que he tratado de hacer lo mismo que tú, intentar no verte, pero es que al final...

—Mira, no le des más vueltas, que bastante caliente debes tener el coco con todo que llevas para delante tú solito, porque tu Barbie no es que esté todo el día ahí pico pala, que esa se escaquea que da gusto.

—Y mejor así, si te soy franco, lo prefiero. No lo llevamos bien cuando tratamos de sacar algo adelante juntos.

—Cojonudo, vamos que podría decirse que juntos no servís ni para estar escondidos, pero terminarás casándote con ella. Mira, yo paso palabra porque si no voy a decir una de las mías y tú eres mi jefe. Cuéntame una cosa, ¿qué rollito es ese que te traes con los japoneses?

—¿Rollito? Menos mal que has dicho que con los japoneses y no con los chinos, porque si no me lo habrías puesto a huevo; sería un rollito de primavera.

;

—Muy gracioso, cuéntamelo.

—Los japoneses que vienen hoy son unos inversores muy, muy potentes que están pensando en construir una zona residencial a lo bestia en los alrededores de Madrid, que contara con sus propios campos de golf, rascacielos, todo tipo de establecimientos de ocio...

—O sea como una especie de Marina d'Or, pero en vez de en plan vacaciones para vivir, ¿no?

—Eso es, ¿y sabes quién es probable que se lleve el gato al agua?

—Tú, ¿no?

—Bueno, más que yo, esta empresa. Hay mucha gente que se está dejando la piel porque este proyecto salga adelante. Llevamos cantidad de esfuerzo invertido en ello.

—Vale, vale, este es el planazo ese del que me hablaste, que era un pasote.

—Exactamente.

—Madre mía, ¿y hasta has tenido que aprender a hablar japonés para esto?

—Para esto y para sucesivos negocios que puedan venir. De todas formas, no se me dan mal los idiomas, tampoco me ha supuesto tanto esfuerzo.

—¿Aprender japonés no te ha supuesto tanto esfuerzo? Pues yo es que te juro por la gloria de mi abuela que antes de aprender japonés, me voy a la azotea y me tiro.

—Anda ya, mujer, que te digo que no es para tanto.

—Bueno, bueno, ¿y cómo ves el tema? ¿Tú crees que va a caer la breva?

—Pues mira, en gran parte depende de la reunión que mantengamos hoy, estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—¿Otra vez la tensión en los hombros?

—Otra vez...

—¿Quieres que...? —Ya me estaba liando yo solita, si es que todo lo que me ocurriera me estaba bien empleado.

—¿Que me des un masaje? No sabría ni cómo compensártelo.

a

—Lo malo es que tu Palomita está por ahí y solo faltaba que llegue y abra la puerta. Oye, que yo no es por desmoñarla, que me encantaría, pero que igual no es el día.

—Tienes razón, le pediré que me haga un recado en la calle, pero yo ese masaje no me lo pierdo.

—Oye, igual deberías plantearte ascenderme a masajista de la empresa, que yo lo del mocho no lo llevo mal, tú lo sabes, pero que también molaría.

—Me lo pensaré—bromeó—, pero siempre que me prometas que yo seré tu cliente VIP.

—Tú eres mi jefe, y además tienes un morro que te lo pisas, anda haz esa llamada.

La hizo y nos quedamos mucho más relajados con Paloma fuera, por lo que dejó sus hombros al aire y yo sentí que esas cosquillas internas, como mariposas acariciando mi estómago, volvían de inmediato.

—Tienes unas manos increíbles para esto—me confesó mientras trataba de destensar esos músculos que estaban sufriendo.

—Para esto, dice, y para muchas cosas más, lo que pasa es que tú todavía no tienes ni idea, chaval.

—No me digas eso porque se acabó el masaje.

—Pues si se acabó el masaje, tú te lo pierdes...

—Se acabó el masaje y comienza la fiesta, no sabes cuánto lo deseo.

—Che, che, las manos quietas, que luego van al pan...

—Tú eres mi jefe, y además tienes un morro que te lo pisas, anda haz esa llamada.

La hizo y nos quedamos mucho más relajados con Paloma fuera, por lo que dejó sus hombros al aire y yo sentí que esas cosquillas internas, como mariposas acariciando mi estómago, volvían de inmediato.

—Tienes unas manos increíbles para esto—me confesó mientras trataba de destensar esos músculos que estaban sufriendo.

—Para esto, dice, y para muchas cosas más, lo que pasa es que tú todavía no tienes ni idea, chaval.

—No me digas eso porque se acabó el masaje.

—Pues si se acabó el masaje, tú te lo pierdes...

—Se acabó el masaje y comienza la fiesta, no sabes cuánto lo deseo.

—Che, che, las manos quietas, que luego van al pan...

Capítulo 16



No es que fuera uno de los mejores mediodías de mi vida, porque entre que Paloma volvió enseguida y comenzó a dar gritos a diestro y siniestro a todo el que tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino, y que yo me quedé fatal al comprobar que era ver a Héctor y subirme por las paredes, vaya nervios.

—¡Chicas, fuera, fuera, que en nada llegan los japoneses y no podéis estar por medio! No quiero volver a veros por aquí, salvo que os llame a alguna, que entonces quiero a la que sea a la voz del “ya”.

—Nos vamos, chicas, no vaya a ser que le peguemos algo a los japoneses, ya lo habéis oído—les dije.

A mí es que me era imposible callarme y que nos hablara de ese modo tan peyorativo constituía una humillación para todas nosotras que me soltaba la lengua.

—¿Qué has dicho? —me preguntó cogiéndome con el brazo ese que tenía que parecía “El increíble Hulk” de tanto darle al gimnasio.

—Les he advertido a mis compañeras que igual temes que le peguemos a los japoneses alguna enfermedad de pobres, tú sabes, la sarna o algo similar.

—Mira, tú aquí no vienes a reírte de mí ni de coña, ¿lo has entendido? La próxima vez que me repliques tendrás serios problemas.

—¿Sí? Pues la última vez que me retaste no vi yo que me pasara nada, verás que es solo una observación, pero...

—¡Insolente! Tú no eres nadie para ponerme la cara colorada delante de mis empleadas. Ven conmigo ahora mismo, y el resto ¡aire! ¿Es que no tenéis nada que hacer? Porque si es así yo ahora mismo os busco faena.

La seguí y, no me equivoqué, llegamos al despacho de Héctor.

—¿Qué pasa ahora, Paloma? Estoy escuchando los gritos desde el hall.

—La ingrata esta, que se permite chotearse de mí delante de sus compañeras, que me va a convertir en el hazmerreír de la empresa.

—Lo siento, Héctor, yo solo me he permitido hacer un comentario cuando nos ha tratado como suele hacerlo, tú sabes, como a la mierda.

—Paloma, ¿de verdad crees que esto es lo que necesito en un día tan importante como el de hoy? Es que, si no lo veo, no lo creo.

1 —Yo sí que no doy crédito, así que la culpa es mía y no de la niña esta. No te conozco, Héctor, es que no te conozco.

—Pues yo a ti sí que te conozco muy bien, por eso sé que estás disfrutando con este circo, pero te advierto que la función ha terminado y que no voy a tolerar ni una sola payasada más fuera de ella. Y ahora, si me permites, tengo un importante precontrato que volver a repasar, ¿o hace falta que te recuerde lo mucho que nos estamos jugando con esto?

—No hace falta que me recuerdes absolutamente nada. Aquí el único que parece estar perdiendo la cabeza eres tú yo paso...

Se fue y dio un portazo de esos que te dejan los tímpanos tocados.

0

—Chico, lo mío es para un rato y yo, además, me desahogo. Pero lo tuyo, que tienes que aguantarla todo el día, lo tuyo es de traca, ¿es que eres masoca y te da vergüenza confesármelo?

—Anda, hazme el favor tú también de dejarme, que traigo entre manos un tema demasiado delicado.

—Nada, nada, a mí es que me ha picado la curiosidad, solo eso...

—No me hables de picar y no me provoques, que no respondo...

—Ya te dejo que te concentres, jefe, no vaya a ser que pierdas el negocio y me culpes a mí, que como tenga que indemnizarte me van a hacer falta los sueldos de un centenar de vidas juntos.

—Más o menos, no te imaginas lo que me estoy jugando con esto, guapa.

—Vale, vale, pues yo me voy con la música a otra parte.

—Dime una cosa antes, por favor.

—Venga, pero rapidito antes de que la otra coja su coche de juguete de Barbie y se líe a empujar la puerta.

—Si logro cerrar el trato hoy, ¿accederás a celebrarlo conmigo?

—Mira este, no me digas que te vas a animar a abandonar el nido con tu Palomita para unir tu vida a la de una pordiosera, como me considera Amelia.

—Sabes que no me refiero a eso; solos tú y yo, una noche, en la suite presidencial del mejor hotel de Madrid, ¿qu me dices?

—Que a ti te sobran los billetes, chaval. Y la imaginación también, qué te voy a decir.

’ —No tiene mucho sentido, porque imaginar es gratis.

—Pero pagar la noche en la suite esa debe costar un riñón y medio más o menos, eso no es gratis.

’ —El dinero no es problema. Y para mí, la verdadera riqueza, consistiría en que me dijeras que sí.

—Conmigo te estás equivocando, Héctor, yo no necesito esos lujos—Me dio un ataque de orgullo porque, en el fondo, a su Paloma no la dejaba ni harto de vino, por mucho que se llevaran como el perro y el gato.

’ —Lo sé, pero es que me gustaría que tuvieras lo mejor.

—Mira, Héctor, te voy a decir una cosa, para mí lo mejor sería tenerte a ti, aunque fueras pobre y viviéramos en un cuarto con ascensor como el de mis padres, sin ningún lujo, pero solos tú y yo, sin ninguna Paloma revoloteando, yo sé que me entiendes. Y ahora te dejo que tu pichoncita puede volver a entrar en cualquier momento y no es plan de llenar la moqueta de pelos, que tiene lo suyo sacarlos.

—Vania yo... sé que lo que te ofrezco no es lo que esperas escuchar, pero te lo ofrezco de corazón.

—Pues tu oferta de corazón te la puedes meter por donde te quepa, Héctor, que yo no me quedo con las migajas de nadie...

Salí de su despacho y no tardé en darme de nuevo con ella.

—¿Se puede saber dónde estabas? Espero que no haya sido de cháchara con mi novio, porque te voy a decir una cosa mosquita muerta; tú a mí no me quitas a Héctor ni en sueños, no sé si me explico.

—Te explicas regular, porque con la ortodoncia esa invisible que me llevas te cuesta un poco vocalizar, pero más o menos lo pillo, no te preocupes.

—¿Cómo? Pero ¿tú quién te has creído para tratarme a mí así, so mierda?

—Mira, que sepas que la única razón por la que no te hago comerte eso último que me has llamado es porque no quiero darle el día a Héctor, que no se lo merece y mucho menos hoy, pero te garantizo que un día te comerás esas palabras.

é

—Yo es que me caigo muerta contigo, ¿de veras te has creído que voy a consentir que me amenaces en mi propia empresa?

—Es que eso no es una amenaza. Yo solo te he hecho un favor; te he leído el futuro y gratis.

—¡Quítate de mi vista! ¡Largo antes de que pierda los nervios y llame a la policía! —me chilló.

—Tranquila, que los nervios no son buenos y menos en los días importantes, ¿te traigo una tila del bar?

—¿Qué pasa aquí, Palomita?

—Ay, madre, la que faltaba...

—¿Cómo has dicho, niñata?

—Que solo faltaba usted, Amelia, para estar al completo, pero que ya estamos todos y que eso es estupendo, ¿le traigo una tila también?

—Dirás Doña Amelia.

—Diré lo que me dé la gana.

—Mírala, Amelia, no le basta con reírse de mí que también lo hace de ti, a mí es que se me va a bajar hasta la tensión.

—A ti no se te va a bajar nada, Palomita, que para eso eres una señora, ¿o es que acaso piensas que esta puede compararse contigo?

—Ni Dios lo permita—le contesté rapidito.

—¿Tú siempre has sido tan desvergonzada? Porque no te voy a consentir ni un desaire más, no sé si lo estás pillando—me dijo la estirada de la suegra.

—Perfectamente, me voy que noto el ambiente como una mijilla enrarecido y eso para los chakras va fatal.

—¿Lo de los chakras lo acabas de leer en Internet? Porque no creo que eso se estile mucho en el barrio ese de s delincuentes en el que debes vivir—me preguntó Paloma con sorna.

—Es verdad, allí se estila más la vergüenza, pero es un problema, porque tú tampoco sabes lo que es eso.

Me quité de en medio con la sensación de haberles dado hasta en el cielo de la boca, pero es que no las soportaba.

Minutos después, cuando aún andaban cacareando como dos gallinas, vi desde un pasillo que llegaban los japoneses y, aunque no tenía permitido salir, disfruté del espectáculo desde allí.

Aquellas dos, que andaban todavía dándole a la alpargata, se pusieron más tiesas que un ajo cuando los vieron aparecer. Si normalmente iban de punta en blanco, lo de aquel día ya era fuera de serie, y ambas debían llevar una millonada encima entre los modelitos y los lujosos complementos de las marcas más exclusivas que lucían.

Enseguida acudieron tanto Héctor como su padre a tomarles el relevo, pidiéndoles que los acompañaran al despacho del segundo, que era el más lujoso de las oficinas.

Tras una reunión que duró un par de horas y de la que Héctor salió luciendo la más luminosa de las sonrisas, despidieron a los japoneses y nos pidieron que todos nos reuniéramos en una amplia sala que tenían habilitada para ese tipo de ocasiones.

—Hoy tengo el placer de anunciaros que acabamos de cerrar el trato más suculento que jamás se ha firmado en esta empresa. He de agradecerlos a todos y a todas, desde aquellos con los que trabajo mano a mano cada día como al personal administrativo, pasando por el de mantenimiento y limpieza—momento en el que me miró—, que hayáis puesto todo vuestro esfuerzo para hacer este sueño posible. Lo hemos logrado y creedme que, con el tiempo, este logro repercutirá positivamente en todos y cada uno de vosotros.

No hubo nadie que dejara de aplaudir con ganas, empezando por Paloma, a quien parecía habersele pasado el mosqueo. Y es que esa debía ser de las que veían un billete y le hacían la ola, como para no estar contenta.

—Cariño, ¿te he dicho que eres un crack? —le preguntó dándole un besazo de tornillo que casi me revuelve las tripas.

—Paloma, no es momento de echarme flores. Como he dicho, esta ha sido una labor de conjunto en la que todos

hemos puesto nuestro granito de arena y no quiero mayor protagonismo, por favor.

—Bueno, bueno, y encima humilde, es que mi novio lo tiene todo. Andy, por favor, pide que descorchen unas botellas de champán, tenemos mucho por lo que brindar.

Desde el momento en el que Paloma lo besó, Héctor comenzó a sentirse incómodo, incluso se quitó la corbata, que ese día llevaba dadas las especiales circunstancias, y cuyo nudo parecía estar ahogándole.

Con su vista, buscaba la mía y a mí es que me dio un bajón considerable. Sabía que no tenía ningún derecho a entristecerlo en un momento así, pero es que no es lo mismo imaginar las cosas que verlas, y el hecho de que Paloma se acercara como lo que era, como su novia, y lo besara, me dolió en el alma.

Andy no tardó en volver con las botellas y, una vez hubo servido las copas, me trajo una y me la puso en la mano, pues yo pasé de acercarme a cogerla.

—¿Estás bien, Vania? Parece que te noto un tanto apagada, a ti que eres tan cantarina y risueña.

—¿Yo cantarina? No sé de dónde sacas eso—eché una risilla porque me tenía calada.

—De que me gusta escucharte cuando vas por los pasillos, siempre tarareando alguna letra.

—Ay, que lo mismo te he molestado alguna vez, perdona.

—Qué va, mujer, cómo me vas a molestar tú. A mí me gusta escucharte. Es más, es lo más agradable que se escucha en toda la mañana, porque a veces aquí es mejor ponerse tapones por los oídos.

—¿Lo dices por Paloma? A mí, lo que me dice me entra por un oído y me sale por el otro, no te preocupes.

—Pues a mí no me gusta que te trate así. Hay veces que me dan ganas de salir y cantarle las cuarenta.

—Gracias, pero ni se te ocurra, que con uno que tenga en el punto de mira ya es suficiente.

—Ya, pero es que no lo puedo evitar...

Lo que me faltaba para el duro. No, no eran imaginaciones mías, Andy también parecía atraído por mí, ¿qué tenía el ambiente en aquella empresa? Para mí que allí las feromonas las esparcían en difusores.

Capítulo 17



No me extrañó que fuera justo aquel día el que nos pidieran que nos quedáramos a echar unas horas. Y no solo porque nos montamos una pequeña fiesta y había que recoger lo ensuciado, sino porque los japoneses volvían al día siguiente para ultimar múltiples aspectos del contrato y aquello tenía que brillar desde lejos.

—Hijo, yo creo que hay que dar un repaso general, de cabo a rabo. No digo yo que no esté limpio, pero es que ahora es el momento de lucirnos. Estas oficinas tienen que mostrar un aspecto perfecto, mejor que nunca—Fue Amelia quien, empujada por Paloma, le dio la idea.

—Mamá, los japoneses son empresarios y vienen a cerrar un trato, no a hacerle la prueba del algodón a los muebles.

—Ya, hijo, pero de limpieza sé yo más que tú y te digo que una última pasadita a fondo no le vendrá mal a esto.

—Tú ganas, le diré a Andy que se lo comunique a las chicas.

—No es necesario, amor, ya se lo digo yo—Paloma, victoriosa, tomó el relevo.

—Chicas, chicas, en nombre de Héctor y del mío propio quería pedirnos que os quedarais esta tarde a echar unas horas extras para así lograr que mañana las oficinas reluzcan como nunca, ¿habría algún problema? Que conste que os lo agradeceríamos muchísimo, de todo corazón—Como se notaba que la muy pelotera hablaba delante de Héctor, cuando no era así solo le faltaba sacar un palo y apalearnos allí mismo a todas.

Naturalmente, dadas las circunstancias, ninguna objetó nada, además que las horas estaban tan bien pagadas que, por mí, como si empalmáramos con el día siguiente.

No obstante, no fui yo la que empalmó, no...

Solo estábamos en el edificio nosotras, el chico de seguridad y Héctor, que llevaba toda la tarde devanándose los sesos en su despacho con los pormenores de la firma.

A mí, para no variar, me había tocado volver a retocar esa última planta que seguía todavía sin utilizar, por lo que era de chiste, pero mejor, tampoco es que tuviera que herniarme, que allí no ensuciaba nadie.

Escuché pasos y creí que era el chico de seguridad, pues habían pasado las horas acordadas y llegado el momento de irme a casa. Lo cierto es que estaba molida como una caballa, porque pese a todo llevaba muchas horas de pie, desde la primera de la mañana.

Pero no, lejos de ser él, era un Héctor que venía con la mejor de sus sonrisas.

—Huy, huy, huy, tú no deberías estar aquí, que nos conocemos.

—Si tú quisieras, podría excusarme y pasar contigo esa noche de hotel...

—Te he dicho que yo paso de esas pijadas. Y cuidadito con pisarme lo fregado que me entra veneno en la sangre

—Puse la fregona por delante a modo de muro entre ambos.

—Dime de verdad que pasas de mí y me iré.

—He dicho que paso de esas pijadas.

—Lo que significa que, de mí, no.

—¿Os daban clases de arrogancia en los colegios esos para ricos?

—No soy arrogante, solo realista. Tú no pasas de mí igual que yo no paso de ti.

—De donde no vas a pasar es de aquí, que empieza lo mojado—Le señalé una zona del suelo.

—No puedes ponerme más, no sé cómo lo haces, pero no te saco de mi jodida cabeza.

—Pues mira que trato de pasar desapercibida, ya si eso vengo por las noches cuando no haya nadie.

—No digas tonterías, ¿me vas a privar del placer de verte? ¿Y de escucharte? ¿Y de tocarte?

—De ese último seguro que sí. No sigas por ahí, porfí, te lo pido.

—¿De veras no quieres que haga esto? —Me besó mientras me cogía en brazos y yo que, por supuesto que lo

estaba deseando, lo rodeé tan fuerte con mis piernas que casi me fundo con él.

—Héctor, ¿siempre tienes que salirte con la tuya?

—Es que no sabes lo que me gusta hacer esto, no lo sabes...

—¿Cogerme en brazos? Pues mira, cansada estoy para que me lleves a casa así si es lo que quieres.

—Al fin del mundo te llevaría, granuja, pero me refería a besarte, a lo que me gusta besarte.

—También me gusta besarte, y que me beses, me gusta mucho, me gusta demasiado.

—Para ciertas cosas jamás es demasiado, eso tenlo claro.

—Lo único que tengo claro es que para ti soy un juguete y, cuando te hayas hartado de jugar con él, irás a por otro. ¿Y sabes por qué? Porque tu juguete principal, ese que tienes todos los días, no debe tener cuerda, porque a ti no te gusta.

—Ni menciones eso ahora y ten presente que no—me miró fijamente a los ojos—, no eres ningún juguete para mí

Quise creerle porque eran tantas las ganas de volver a vivir con él ese torbellino de emociones que experimentábamos cuando nos amábamos que me costaba renunciar a ello. Eso sí que me costaba demasiado y más cuando ya sentía su sexo contra el mío, cuando el palpitar de mi corazón se me antojaba como un tambor que anunciaba la mayor de las fiestas, cuando la sangre me hervía en las venas y el verde de sus ojos era el único color que mis retinas podían procesar.

—Que no puede ser, Héctor que, además, estoy sudada.

—Ese sí que no es problema, así que no vas a tener escapatoria.

—¿No es problema? Pues yo me siento como una guarra así de sudada, de modo que un problema sí que tengo.

—Espera un momento a que se vayan todos, ya están recogiendo.

—Pero si mis compañeras no me ven...

—Cada una irá saliendo a su bola, no sufras por eso. No sufras por nada.

—Qué fácil es de decir, solo faltaba que se corriera la voz de que me estoy acostando con el jefe y pensarán que

soy una enchufada y tú un...

—Lo que menos me importaría sería lo que pensara la gente, pero no quiero que sufras.

—Ya, ya...

De repente me tapó la boca y es que, efectivamente, en ese momento sí que subía el chico de seguridad.

—Vania, ya es la hora, puedes irte—me dijo el chaval desde el pasillo.

—Vale, no te preocupes, en cuanto termine de reparar unas cosillas.

Se marchó y lo que me quedó fue la carita de súplica de un Héctor que no se resignaba.

—Vete, de veras que no puede ser, lo siento—murmuré con la boca pequeña porque vaya trabajito que me costaba.

—¿Y si no puede ser? ¿Por qué tú y yo queremos hacer esto? Me dio un beso y esperó mi reacción... que no fue otra que devolvérselo, ¡y ya estaba el lío!

Nos estuvimos besando y magreando sin parar durante varios minutos, hasta que él mismo comprobó que teníamos vía libre, pues las chicas se habían marchado.

—Ven, conmigo—Tiró de mi mano y bajamos hasta su despacho.

—¿Por qué hemos venido aquí?

—Muy sencillo; porque es mejor y porque tiene baño.

—¡Qué buena idea! Yo quiero darme una ducha.

—Toda tuya...

Me sentía sucia después de tantas horas limpiando, por lo que yo misma me quité la ropa volando y entré en aquella moderna cabina con columna de hidromasaje y todas las pijadas habidas y por haber.

—¿Qué miras? —le pregunté desde dentro porque lo tenía delante de mí como un pasmarote, observándome como si fuera una obra de arte.

—Que no puedo resistirme...

A lo justo se quitó la ropa y, de paso, me quitó a mí la manguera de la ducha e hizo paz y guerra, enfocándose hacia todas mis zonas erógenas y estimulándolas, especialmente en el clítoris, que masajé a conciencia con el agua.

—Qué gustito—gemí cuando aquel cosquilleo tan excitante comenzó a propagarse por toda mi vulva.

—¿Gustito? Tú no sabes lo que es gustito...

Por mucho que pretendiéramos evitarlo, los podían las prisas y el hecho de que su sexo comenzara a aprisionar al mío, acorralándome contra la pared, solo era un indicio más de que las prisas ganaban y de que, con un solo y certero empujón, ya estaría dentro de mí.

Para ello, me cogió en brazos como tanto me gustaba y lo rodeé con mis piernas, propiciando así que se diera un festín con mis pezones que aumentó mi excitación hasta límites insospechados.

Fue entonces cuando notó que mi esencia emanaba para empapar un sexo que embestía y embestía sin parar.

s —Me gusta tanto estar dentro de ti que no saldría nunca...

—Ya hemos hablado de eso de “nunca”.

—No es momento de hablar, es momento de disfrutar—Me tapó la boca con su mano, la cual no tardé en morder pocos minutos después, cuando un segundo orgasmo, producido a golpe de succión en mis pezones le encendió la mirada.

Con la tranquilidad de que estaba disfrutando como una loca, salió de mí para darme la vuelta y volver a embestirme desde atrás mientras tiraba de mi pelo y me preguntaba que de quién era.

—Tuya, soy tuya—le dije tan excitada que sentí que me volvía a pasar.

Con Héctor era muy fácil y eso que yo creía que para el tema de los orgasmos era un tanto dura de pelar. Claro que hasta entonces no había sentido lo que era la excitación en estado puro, lo que era que te comieran con una sola mirada y desearas perderte en unos besos, lo que era un deseo que trascendía lo terrenal para entrar en terrenos más elevados y ardientes.

o

De repente, una nueva salida por su parte, y otra vez me encaró hacia él por lo que el sexo adquirió para mí una

nueva tonalidad; la del verde de unos ojos que me hacían suspirar y de los que disfruté a tope mientras mi amante clavó sus ojos en los míos al tiempo que también clavaba un miembro que me producía el máximo de los placeres

Acorralándome contra la pared de la ducha, con los codos en esta, yo me sentí prisionera...prisionera de un placer al que no sabría cómo renunciar. Beso a beso, lamida a lamida, embestida a embestida, me convertí en esclava de sus besos... Unos besos que me perseguían allá donde fuera.

Para cuando vino a terminar, dejando parte de él en mí, yo solo demandaba más besos y él atendía con gusto a una demanda que parecía llenarle igual que a mí.

—Buah, acabo de terminar y ya tengo ganas de más. Dame unos minutos, unos cuantos minutos solo y volvemos a empezar la función.

—La función tiene que terminar, por favor, ¿no estás viéndolo?

—Yo solo veo el cuerpo al que quiero amar una y otra vez, no veo nada más. No te vayas, quédate conmigo unas horas más. Si no puedo tenerte esta noche, al menos que pueda disfrutar de ti unas horas más en este improvisado escenario...

Y me quedé, me quedé un espacio de tiempo indeterminado durante el que volvimos a estrenar función no una, sino un par de veces más...

nueva tonalidad; la del verde de unos ojos que me hacían suspirar y de los que disfruté a tope mientras mi amante clavó sus ojos en los míos al tiempo que también clavaba un miembro que me producía el máximo de los placeres.

Acorralándome contra la pared de la ducha, con los codos en esta, yo me sentí prisionera...prisionera de un placer al que no sabría cómo renunciar. Beso a beso, lamida a lamida, embestida a embestida, me convertí en esclava de sus besos... Unos besos que me perseguían allá donde fuera.

Para cuando vino a terminar, dejando parte de él en mí, yo solo demandaba más besos y él atendía con gusto a una demanda que parecía llenarle igual que a mí.

—Buah, acabo de terminar y ya tengo ganas de más. Dame unos minutos, unos cuantos minutos solo y volvemos a empezar la función.

—La función tiene que terminar, por favor, ¿no estás viéndolo?

—Yo solo veo el cuerpo al que quiero amar una y otra vez, no veo nada más. No te vayas, quédate conmigo unas horas más. Si no puedo tenerte esta noche, al menos que pueda disfrutar de ti unas horas más en este improvisado escenario...

Y me quedé, me quedé un espacio de tiempo indeterminado durante el que volvimos a estrenar función no una, sino un par de veces más...

Capítulo 18



Un mes después, las cosas no podían estar más revueltas por el trabajo.

La fiesta destinada a celebrar la jubilación de Don Adrián nos traía a todos de cabeza, porque Paloma entró en un estado de mala leche perpetuo que nos era imposible esquivar, por mucho que lo intentáramos.

En cuanto Héctor y a mí, firmamos la pipa de la paz y no había momento, bien propiciado o inesperado, que no aprovecháramos para hacer de aquellas oficinas el escenario de una película erótica de esas que antiguamente calificaban con dos rombos.

Cada vez que dábamos una sesión de aquellas por terminada, me colocaba mi uniforme y me engañaba a mí misma, diciéndome que esa era la última. Y sí que lo era, pero hasta la siguiente, que estaba a la vuelta de la esquina.

De la noche a la mañana, me había convertido en la amante del jefe y, por mucho que pretendía poner fin a lo que consideraba en cierto modo un desastre total, el deseo entre ambos crecía por momentos y nos atrapaba en una vorágine de la que no podíamos salir.

Entre tanto, para qué decir otra cosa, Paloma estaba más mosqueada que un pavo escuchando una pandereta, porque por mucho que tratáramos de disimularlo esas cosas suelen terminar por notarse y ella era tonta para otras cosas, pero para esas era algo más lista.

Eso sí, Héctor tampoco es que se hubiera caído de un guindo y no había nada de lo que pudiera acusarlo formalmente, más allá de unas sospechas que quedaban para ella. Yo representaba el deseo del jefe, pero ella no tenía forma de demostrarlo.

No por eso me dejaba en paz, por supuesto, y ocasión en la que podía, ocasión en la que me bombardeaba, si bien yo siempre estaba a la defensiva.

Mis compañeras lo achacaban todo a que me tenía manía por contestona. Y a mí eso me venía de perlas, porque así no sospechaban el otro tema, que sí podría ponerme contra las cuerdas si ellas lo supieran, pero no era el caso.

Mucho mejor, porque yo de aquello no sacaba más que buen sexo y una serie de posibles disgustos el día de mañana, porque me pusiera como me pusiera, estaba enamorada de Héctor. Y con eso ya tenía suficiente precio por pagar.

Aquella mañana, como tantas otras, Paloma se escaqueó para probarse el vestido que le estaban confeccionando de cara a la fiesta y me volví a quedar a solas con un Héctor que cada vez parecía más cercano a mí, si bien yo pasaba de hacerme ilusiones, porque mucho decir que no podía parar de pensar en mí en todo el día, pero de dejar a su novia no mencionaba ni media palabra.

—¿Cómo va lo del alquiler? —me preguntó.

—¿Pues no me ves que estoy hasta temblorosa? Esta tarde nos dan la llave y mañana podemos hacer la mudanza. Y en unos días, tenemos fiesta en casa.

—¿Fiesta?

—Sí, hemos convencido a la dueña para que nos deje la llave unos días antes y así poder celebrar Halloween como Dios manda. Ha sido muy maja, permitiéndonos que ya le paguemos a primero de mes.

—¿Vais a celebrar Halloween?

—Claro, las cosas hay que celebrarlas y en mi barrio para eso tienen mucho salero. Oye, que yo supongo que tú irás a una fiesta de no te menees, pero que la nuestra no vale menos.

—Ni yo pensaría algo así. De hecho, te prometo que si pudiera iría a esa fiesta tuya con los ojos cerrados.

—Calla, calla, que esa me la conozco yo y me toca las narices, que viene a ser eso de que “mucho te quiero, perrito, pero pan poquito”.

—No es eso, no es eso.

—Ah, ¿no? Pues mira. Si me quisieras un poquito, pero solo un poquito, sabiendo la ilusión que me hace, te escaquearías y vendrías a mi fiesta.

—No puedo hacer eso, bonita, no puedo hacerlo.

—Ya, claro, porque podría llegar a oídos de tu Palomita y salir volando. Y claro, un noviazgo como el vuestro, de pijos... Sería un escándalo total.

—Es más complicado que eso.

—¿Tan complicado como para que yo no lo pueda entender? ¿Por tan tonta me tomas? Porque eso duele, qué quieres que te diga.

—No es eso, Vania, no es eso. Oye, de veras que tengo que vestirme. Sabes que lo del nuevo proyecto me tiene enloquecido y ahora que me quedo sin mi padre todavía mucho más.

—Joder, que lo has dicho como si el pobre hombre se hubiera muerto.

—A esos efectos, igual. Conozco a Amelia y ella querrá pasarse el año viajando con él, de allá para acá, viviendo la vida a tope.

—Sí, sí, que está en la flor de la vida...no me tires de la lengua.

—¿Has vuelto a discutir con ella?

—Cada vez que me la cruzo. Ya sabes que hace piña con tu novia y pretenden darme la del pulpo. Ahora, que tú también sabes que yo no soy manca.

—Lo sé, bonita, lo sé.

Había que intentarlo. Sabía que él no vendría a mi fiesta, pero había que intentarlo.

Saqué el móvil y tenía un WhatsApp de Marta que me enseñó unas plantas que le había regalado su madre para la terraza.

Marta: ¿Te gustan?

Yo: Son bonitas, pero hasta ahí, que no se emocione y te regale más porque la terraza es muy pequeña y si a tu madre le das cuerda, capaz es de convertirla en un patio cordobés de esos preparados para las Cruces de Mayo.

Que yo los veía preciosos, pero que eso a nosotras no nos pegaba ni con cola.

Por la tarde estaba de los nervios, un poco por todo.

—Torbellino, que me estás volviendo loca, ¿tú has comido lengua?

—Pues mira, ahora que lo dices, un poco sí, porque Agustín y yo nos hemos besado.

—¿De verdad? ¿Entonces no es una ventolera que te ha dado?

—¿Qué ventolera ni ventolera? Llevo semanas diciéndote que cada vez me mola más y es que al mediodía lo he escuchado hablando por el móvil con la chica de la floristería y diciéndole que preparara un ramo muy grande y que me lo llevaran el sábado, con una notita de “Que disfrutes tu nueva casa, bombón”.

—Ay, qué tunante, y ha terminado degustando el bombón... No sabes lo que me alegro, si de veras es lo que quieres.

—Y dale, que te veo venir y que lo dices con retintín.

—No, mujer, es que me resulta un poco chocante, pero que ya sabes que yo me alegro una barbaridad por ti.

—Sí, pues no sé yo, me pones unos caretos de raros...

—Oye, pues lo dicho, vamos a por la llave. Cómo se ha enrollado la mujer, aplazándonos el pago del mes corriente.

—Sí, bueno, como ya le hemos dado la fianza, pues parece que está más tranquila.

—Eso sí. Pues nada, ya sabes, que mañana en cuanto salgas comenzamos a llevarnos cosas para allá. Agustín me ha dado la tarde libre, es un amor.

—Ya, un amor que además es tu jefe, te va a venir como anillo al dedo, zopenca.

—Ey, por ahí no sigas, que yo tendré muchas faltas, pero interesada no he sido en la vida.

—Lo sé y no te imaginas lo que me alegro por ti. Parece que al final le va a funcionar a alguien.

—Oye, que a ti también igual te funciona, ¿tú qué sabes?

—Sí, tiene lo mío una pinta de funcionar que no veas.

—Vale, pero al menos al jefe le funciona la herramienta estupendamente, eso sí, ¿no?

—Es que eres guarri porque eres guarri.

Capítulo 19



El viernes al mediodía llegué dando saltos a casa de mis padres, pero dicen que la alegría dura muy poco en casa del pobre y estaba a punto de comprobarlo.

—¿Cómo ha sido, Antonio? Qué disgusto, qué disgusto. Y en mi estado...

Mi madre iba a aprovechar su convalecencia eternamente, pero allí el que tenía la cara de un muerto era mi padre.

—Pues porque dicen que han reducido la faena y que no hay manera de seguir pagando tantos sueldos. Yo qué sé, mujer, lo único que tengo claro es que me va a explotar la cabeza.

—Papá, ¿qué es lo que pasa? ¿Te has quedado en el paro?

—Sí, hija, no te imaginas la desazón que tengo. Me voy a echar una cervecita, porque vaya.

—Eso, tú ahoga las penas en el alcohol, que eso está muy bonito, Antonio.

—Mamá, ¿también vas a poner a papá de alcohólico cuando lo único que se toma es una cerveza de higos a brevas? Esto es una locura.

—Una locura es que se haya quedado este hombre ahora sin trabajo, encima que estamos pagando la moto de Tony.

—Es que te lo dije, mamá, te lo dije, que no le tenías que haber comprado la puñetera moto.

—Claro que no, hija de mi vida. Todo lo que sea para tu hermano está mal hecho.

—Porque mi hermano es un zángano, qué plan. ¿Y ahora qué hago yo?

—Hija, tú no puedes cambiar tus planes. No te preocupes que ya buscaré yo el dinero hasta debajo de las piedras

si hace falta, pero tú te vas a vivir con tu amiga.

—Papá, yo no te puedo dejar en la estacada cobrando una miseria de paro y con la jodida letra de la moto, se me parte el alma—Las lágrimas de rabia estaban por salir de mis ojos, pero hice lo posible por contenerlas.

—No y no, cariño. Tú llevas toda la vida doblando los riñones mientras tu hermano los tiene todavía nuevos de paquete, no lo voy a consentir.

—¿Esto es una conspiración contra mi Tony? Porque el pobrecito ni siquiera está aquí para decir nada—Ya salió mi madre en defensa de la garrapata de mi hermano.

—Pobrecito, sí, mamá. Tú sigue así y un día te encontrarás con un problema que ni te lo creas, yo es que flipo contigo, ¿estás atontada con mi hermano o qué te pasa? ¿Ha buscado trabajo de repartidor con la moto? Claro que no, es mucho mejor exprimir a papá y fumarse los porros de tres en tres en la plazoleta, que eso es lo que hace tu hijo.

—¿Tu hermano fumar porros? Mira, Vania, no te tenía por una calumniadora, porque tu hermano es incapaz de hacer una cosa así.

—María Jesús, la única que hace la vista gorda eres tú, pero nuestro hijo es un porreta de mucho cuidado, que ya está bien de encubrirlo, hombre.

—Oye, Antonio, a mí no se te ocurra hablarme así porque es que cojo el cielo con las manos, no te lo pienso consentir.

—No, pues yo a ti te lo llevo consintiendo toda la vida, que me tienes anulado.

Jamás creí que mi padre reaccionara así y solo me faltó dar palmas con las orejas, pese a que tenía una preocupación sensacional por lo que estaba ocurriendo.

—¿Anulado yo a ti? Tú lo que eres es un idiota, hombre, Anulado, dice.

—María Jesús, exijo que me trates con respeto, como hago yo contigo.

Ole mi padre y la madre que lo parió, que no podía creerme lo que estaban escuchando mis oídos.

—Mira, me parece que a ti alguien te ha comido el coco, ¿has sido tú, Vania?

—No, mamá, es todavía mucho mejor, porque papá se ha dado cuenta él solito, sin necesidad de que nadie le diga

nada. Parece que por fin las cosas van a cambiar en esta casa.

—Muy bonito, todos contra mí, eso está precioso. Pues que sepáis que yo siempre he sido la que ha estado al frente de esta familia y nadie me lo ha agradecido.

—No es eso, mamá, no es cuestión de agradecimiento, no has entendido nada. Y ahora son las consecuencias.

—Hija, ya te he dicho que no quiero que te traiga a ti ninguna, yo no voy a consentirlo.

—Y yo te he dicho que no voy a dejarte tirado, papá, eso nunca.

nada. Parece que por fin las cosas van a cambiar en esta casa.

—Muy bonito, todos contra mí, eso está precioso. Pues que sepáis que yo siempre he sido la que ha estado al frente de esta familia y nadie me lo ha agradecido.

—No es eso, mamá, no es cuestión de agradecimiento, no has entendido nada. Y ahora son las consecuencias.

—Hija, ya te he dicho que no quiero que te traiga a tí ninguna, yo no voy a consentirlo.

—Y yo te he dicho que no voy a dejarte tirado, papá, eso nunca.

Capítulo 20



—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? ¿Le decimos a Gertrudis que abortamos misión a ver si nos devuelve la fianza?
—Marta tenía la piel de gallina mientras hablábamos.

—De eso nada, tú déjame que me organice, que algo se me ocurrirá.

—Ay, loquita, ¿y si no? Es que vamos a perder la fianza.

—Y si se lo decimos hoy también, pero al menos habremos disfrutado de unos días de independencia y celebrado nuestro Halloween allí.

—Eso es verdad, las llaves ya están en nuestro poder y si se las tenemos que devolver en unos días porque no puedas pagar la mensualidad, le dejamos la fianza y punto—suspiró.

No me podía doler más lo que estaba sucediendo. Qué injusticia que al final tuviera que renunciar a mi sueño de independizarme para seguir aportando en casa y para que, a la postre, mi hermano continuara viviendo como un marqués.

El fin de semana lo pasé devanándome los sesos, ni del finde pude disfrutar, por lo que el lunes llegué con mala cara al trabajo.

—Buenos días, bonita, ¿qué te pasa? —me preguntó Héctor.

—Como se entere tu Barbie de que me has llamado bonita te va a despelucar, Ken, luego no te quejes.

—Creo que hay otras cosas que todavía le molestarían más y ahí están.

—Ni me las recuerdes, que te voy a poner a dieta de pan y agua, pero ya.

—¿Pan y agua? Eso es muy triste, reconócelo.

—Y otras cosas también son tristes y hay que aguantarlas, así es la vida, jefe.

—¿Qué te pasa? Tú hoy no estás bien, ¿no estás contenta en tu nuevo piso?

—Es un poco largo de hablar.

—Pues todavía no detecto radares espías por aquí, que es muy temprano ¿te tomas un café conmigo en mi despacho?

—Mejor no, porque yo ya sé cómo acaban los cafés que me tomo contigo y hoy no tengo el cuerpo para jotas.

—Un café, prometo que solo un café.

—Vale, pero espero que cumplas tu palabra.

Cuando cerró la puerta del despacho comprendí que así sería, pues él había detectado de sobra mi necesidad de desahogarme.

—¿Qué te pasa, Vania? Quiero que me lo cuentes.

—Es que es algo muy personal, líos en casa y yo no quiero meterte en mis movidas.

—Tú no me has metido en tus movidas, soy yo el que se está metiendo, ¿tan grave es que no me lo puedes contar?

—No, no es grave, es que mi padre se ha quedado parado, el pobre es albañil y mira que trabaja como una mula, pero hoy en día parece que eso no se valora.

—Y supongo que tú echas una mano en casa y ahora es el peor momento.

—Sí, sobre todo porque mi madre, que lleva al parásito de mi hermano en volandas, convenció a mi padre para que le comprara una moto a plazos. Y claro, ahora el hombre se encuentra con una letra también.

—Yo podría ayudarte, Vania. Puedo darte el dinero de esa moto o la cantidad que me digas, para mí no es problema.

—¿Darme dinero así por la cara? Qué va, tú no me conoces. Ni majara, es que se me caería todita la cara de vergüenza, te lo digo.

—Pues entonces te lo presto y ya me lo devolverás cuando puedas.

—Y me quedo yo con un lastre ahí que al saber cuándo me permitirá levantar la cabeza. No, Héctor, te lo agradezco de corazón. Si no hay otra, antes de pagarle la mensualidad a la dueña, le volvemos a dar las llaves, se lo dejamos bien limpiito y todos tan contentos.

—¿Y perder la fianza?

—Mejor será eso, que ya está pagada, que endeudarme. Y mira que lo siento por Marta, que la mitad es suya, pero nos queremos como hermanas y ella lo entiende.

—Vania, reconozco que, al principio, cuando te conocí, pensé que tenías unos ojos negros muy bonitos, pero es que ahora sé que tienes igual de bonitos los principios.

—Ya, ya, con eso lo has bordado, pero fijate que yo no suelo ver que me mires ni a los ojos ni a los principios, tú más bien me miras el culo.

—No seas mala, ¿de verdad que no me vas a dejar ayudarte?

—No, no puedo dejar que sueltes pasta por mi culpa, yo no soy así.

—¿Me dejas al menos que te dé un abrazo?

¿—¿Un abrazo solo? ¿O un abrazo con premio?

—Un abrazo solo, te lo prometo.

...Y otro abrazo bien grande fue el que me dio esa noche Marta.

—Todo se va a arreglar, mi niña.

—¿Sí? Pues como no nos toque la lotería, lo llevamos crudo.

—Pero ¿tú has comprado algún cupón?

—Yo ninguno, ¿por?

—¿Y cómo quieres que nos toque entonces? Tú tienes la cabeza perdida.

—Y el estómago revuelto, no me entra nada de comida.

—Ya lo veo, ya. Y eso que te he preparado una tortillita a la francesa, así como te gusta, con atún y no muy hecha

—Y tiene muy buena pinta, pero es que yo, de pensar que tengamos que dejar el piso, me pongo mala.

—Hombre, es una faena, y más el apuro de que la mujer nos ha hecho un favor, pero si no se puede, chica yo lo de
) ponernos a fabricar billetes como que no lo veo muy viable.

—Qué ascazo, ahora que todo parecía irme mejor. Me refiero en el trabajo, porque en lo otro voy cuesta abajo y sin frenos.

—Sí, tía, yo no te quiero decir nada, pero cada vez estás más pillada por tu jefe y yo a él no es que le vea mucho plan de nada.

—¿Dices de pedir mi mano? Qué negativa eres, si yo creo que lo tiene en mente, solo que lo sabe disimular muy bien—ironicé.

—Pero bien que lo disimula, bonita.

—Y el estómago revuelto, no me entra nada de comida.

—Ya lo veo, ya. Y eso que te he preparado una tortillita a la francesa, así como te gusta, con atún y no muy hecha.

—Y tiene muy buena pinta, pero es que yo, de pensar que tengamos que dejar el piso, me pongo mala.

—Hombre, es una faena, y más el apuro de que la mujer nos ha hecho un favor, pero si no se puede, chica yo lo de ponernos a fabricar billetes como que no lo veo muy viable.

—Qué ascazo, ahora que todo parecía irme mejor. Me refiero en el trabajo, porque en lo otro voy cuesta abajo y sin frenos.

—Sí, tía, yo no te quiero decir nada, pero cada vez estás más pillada por tu jefe y yo a él no es que le vea mucho plan de nada.

—¿Dices de pedir mi mano? Qué negativa eres, si yo creo que lo tiene en mente, solo que lo sabe disimular muy bien—ironicé.

—Pero bien que lo disimula, bonita.

Capítulo 21



El teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo de mi uniforme a la mañana siguiente, en torno a las once.

—¡Hija, que ya se me ha solucionado todo! En cuanto cobres, le pagas el mes a esa mujer y listo, te quedas en tu casa nueva.

—¿Qué dices, papá? ¿Te han readmitido en el trabajo?

—Qué va, que en esa empresa va la cosa fatal, me han llamado de una constructora mucho más potente, que tienen obras por todos sitios, ¡y hasta me pagan mucho mejor! Yo no lo entiendo, hija, la verdad es que no lo entiendo.

—¿Construcciones de la Sera, papá?

—Esa misma, ¿cómo lo sabes? Y mira que a mí me quiere sonar el nombre.

A mí sí que me sonaba, y aprovechando que era la hora en la que Paloma solía salir a tomar algo, fui volando al despacho de Héctor.

—Veo que ya te has enterado—me dijo tal cual entré.

—¿Por qué lo has hecho? Te dije que no quería que intervinieras, yo no estoy acostumbrada a que nadie me saque las castañas del fuego.

—Ni yo pienso hacerlo. Respeté que quisieras que no te diera ni prestara ninguna cantidad de dinero, pero me dijiste que tu padre era albañil y no encontré ninguna razón para no ofrecerle trabajo.

—Es verdad, soy una ingrata. No sabes lo que te lo agradezco y lo que esto supone para mí. Ahora que acabo de independizarme, volver al nido sería un tormento.

—Lo entiendo, bonita, lo entiendo perfectamente. Pues asunto concluido.

—Ya, ya, y ahora entiendo que estoy contigo en deuda, ¿no?

Héctor se me acercó con esos andares suyos tan seductores y ya me entró un calor que miré el aire acondicionado, suplicante.

—No me debes absolutamente nada, pero si me quieres dar algo...

—Un beso, te doy un beso y salgo pitando, que todavía viene la Barbie y se monta aquí el sarao. Muchas gracias...

—Gracias a ti, me alegra mucho verte así de contenta.

Sería el único que estuviera alegre, aparte de mí, porque Paloma se dedicó a darnos la mañana a todos.

—¿Qué le pasa a esta? ¿Se le ha roto una uña o qué, Eva? —Ya sabía yo a quién tenía que dirigirme para saber.

—Es que anda de los nervios porque iban a venir hoy de una productora y al final han cancelado el asunto hasta un poco más adelante.

—¿De una productora? ¿Es que vamos a rodar aquí una serie?

—Una serie, no, pero sí un spot publicitario por lo del megaproyecto ese de los japoneses, para meterle a la gente las viviendas por los ojos.

—Pero si esas se van a vender como churros.

—Pues eso pienso yo, pero la publicidad se la van a hacer igual, ¿y a que no sabes quién está deseando ser la protagonista?

—¿Paloma? Creí que contratarían a alguien del gremio.

—Y yo, pero ella ha convencido a los japoneses para que sea alguien de aquí, de la casa, que dice que dará una imagen más cercana. Y como tú comprenderás lo ha hecho con su sal y su pimienta.

—Normal, si esta no da puntada sin hilo.

—¿Se puede saber lo que estáis cuchicheando? ¡Aire! —Nos había visto charlando y vino dispuesta a que

pagáramos los platos rotos.

—Tranquilita que el trabajo va a su ritmo, ¿eh? Que tenemos derecho a descansar un minuto.

—¿Ahora te vas a meter también a sindicalista, niñaata? Huy, lo siento, a lo mejor he sido demasiado desconsiderada; tenía que haber empezado por preguntarte si tú sabes lo que es eso.

—Yo sí, lo sé perfectamente. Y tú, ¿sabes lo que es una pamplinosa y una oportunista? Porque me da a mí que tú tienes algo de eso.

—¿Yo? Yo soy una persona sobradamente preparada para un puesto de estas características.

—¿Estás segura? Porque hay quien dice que no es así, que más bien te has subido al carro de tu novio, tú ya me entiendes. Y que no me refiero al del golf—Le sonreí maliciosamente.

—¿Quién ha dicho eso?

—No sé chica, son cosas que se escuchan y que tampoco es que una les preste demasiada atención, salvo que vengas a tocarme las narices, que entonces te las espeto en la cara.

Se lo había escuchado días atrás a unos compañeros administrativos en la cafetería...

Decían que ella no llegó a acabar su carrera de Economía y que lo poco que avanzó en ella fue a golpe de talonario.

—En esta jodida empresa todo el mundo está en mi contra, ahora que esto se va a acabar. Antes de lo que la gente se cree yo seré la jefa y entonces, ¡pobre del que le dé a la lengua!

—¿La jefa? Supongo que querrás decir la mujer del jefe. Es que hay una ligera diferencia, pero vamos...

—Tú, ríe todo lo que quieras mientras puedas, porque vas a ser la primera en caer. Yo voy a ver rodar tu cabeza, al tiempo...

—¿Rodar mi cabeza? Joder que creía que me ibas a mandar al paro, no a la guillotina. Pues sí que se está poniendo buena la cosa.

A Eva solo le faltaba sentarse a comer palomitas, pero es que se nos daba la mar de bien ponernos verdes.

Por mí, podía decir todas las tonterías que quisiera, porque estaba tan contenta con lo del trabajo de mi padre que

me resbalaban por completo.

me resbalaban por completo.

Capítulo 22



—¿Y entonces ya tu padre ha empezado a trabajar en la nueva obra? —me preguntó el viernes Marta, mientras preparábamos el piso para la fiesta de Halloween que celebraríamos la siguiente noche, la del sábado.

—Sí, y está como loco de contento, te puedes imaginar.

—Chica, pues todo solucionado. Se ha enrollado tu jefe, no vayas a decir que no.

—Por supuesto que no lo digo, en eso sí que se lo ha currado, la que le debo es chica, vaya—suspiré.

—Te gustaría que viniera a la fiesta, ¿verdad?

—Pues sí, claro, pero lo mío no es como lo tuyo con Agustín.

—Es que Agustín tiene una vida más corriente, él es un comerciante de barrio, no compares.

—Y el otro un ricachón pijo y yo una muerta de hambre, ¿no es eso?

—No, tonti, tampoco te lo tomes tan a pecho, pero lo que sí es cierto es que Héctor no vendrá habitualmente a este tipo de fiestas ni a este tipo de barrios.

—Eso lo tengo claro. En fin...

—Oye, pero que van a venir otro montón de chicos guapos, ¿eh? Yo he invitado a medio barrio.

—Como se entere Gertrudis se va a poner buena.

—Toneladas de garrafas de lejía nos pondría en la puerta para limpiar, pero no creo que se entere.

—Mejor, ¿oye vamos a recoger los vestidos de vampiresas?

—Venga, que yo estoy deseando. El chico de la tienda de alquiler de trajes de caracterización dice que están allí desde ayer.

—Pues vamos corriendo no sea que nos los quiten, que estaremos la mar de sexys.

—Y que lo digas. Yo sé que a Agustín lo voy a dejar tarumba cuando me vea, menudo escote.

—Muy bien, de eso se trata. Yo a mi jefe no le podré hincar los colmillos de vampiresa, pero los suyos se los voy a poner largos hasta que le lleguen hasta el suelo.

—¿Y eso? ¿Qué estás maquinando?

—Nada, que me haré la foto con la pose más sexy del mundo y la subiré corriendo a mi perfil del WhatsApp.

—Chica, ¿no te suele escribir ni nada fuera de las horas del trabajo?

—No, Martita, la cosa está muy clara. Yo le atraigo mogollón, pero quiere en su vida a una pija como él, por lo que sea, pero es lo que quiere.

—Eso parece y mira que me cuesta asimilarlo, ¿eh? Porque un tío como él, que podría tener a la que quisiera, ¿po qué se aguanta con esa siesa? Es que me mata pensarlo.

—Pues si te mata a ti, imagínate a mí.

A la hora de la cena ya lo teníamos todo preparado. Nos lo habíamos currado a tope, con las mesas hasta la bandera de bandejas con aperitivos, mogollón de botellas para que la gente bebiera lo que quisiera y un sinfín de adornos repartidos por toda la casa, que le daban un aspecto de lo más tétrico.

—Pedazo de foto que tienes en esa postura, ni te muevas—me dijo antes de que llegara nadie y justo cuando acababa de dar los últimos retoques a mi siniestro maquillaje.

—¿He salido bien?

—¿Bien? Tú ponla en el perfil que el teléfono te va a arder, hazme caso.

—Pero yo no es eso lo que quiero.

—Ya, pero igual mientras el jefe se lo sigue pensando, a ti te sale un vampiro alucinante de cualquier esquina y te olvidas de él y de la madre que lo parió.

—Esa pobre no tiene culpa. Pero la otra, la que dice que es su madre, a esa sí que la vampirizaba yo...

—Toma, y a la novia, y te quedabas en la gloria. Pero esto no es más que un disfraz, por mucho que demos el pego.

Agustín fue el primero en llegar y, muy chistoso, hizo como que se desmayaba al vernos. Él venía de esqueleto y también estuvo acertado, porque mucha carne no es que tuviera.

—Ven, aquí, esqueleto mío—le dije ella y le dio un besazo de rosca que me hizo pensar en cuántas vueltas da la vida.

—Mira que he visto vampiresas en el cine, pues ninguna os llega a vosotras ni a la suela del zapato, ¡qué nivel, Maribel!

Enseguida llegaron el resto de los invitados y la casa se llenó de gente. Un par de horas después estaba yo sentada un poco en la terracita, porque me dolían los pies de haberlo dado todo, cuando el cochazo deportivo que aparcó en la acera aquel tipo vestido de cazavampiros me resultó familiar.

—¡Venga, ya! ¿Héctor? —le chillé levantándome de la silla porque me pudo la ilusión.

—Wow, menuda vampiresa, ¿me abres o dejas que mi corazón se desangre lentamente en la acera?

—Te abro, te abro, pero solo porque no enteres a todos los vecinos, no porque crea que tienes corazón.

—Siempre tan dura conmigo, azotándome con el látigo de tu indiferencia.

—Déjate de látigos que para mí que tú tienes un puntito que yo por ahí no...

—Ni yo tampoco, guapa. Jamás podría hacerte daño, ¿me abres la puerta o tengo que rogarte para que lo hagas?

—Sube, anda. Y eso que vienes de cazavampiros, un peligro para mí.

Me abrí paso entre toda la gente que estaba agolpada en el salón y mi amiga me miró sin entender.

Enseguida lo hizo, cuando entré acompañada.

—Martita este es Héctor.

—¿Héctor? —Se hizo la tonta.

—Vaya, veo que ni siquiera has oído hablar de mí.

—No mucho, la verdad—Marta tenía tablas para dar y regalar.

—Sí, mujer, alguna vez te lo he mencionado, es mi jefe—Le seguí el rollo.

—Ah, vale, ahora sí. Encantada, Héctor, no sabía que Vania hubiera invitado a la gente del trabajo.

—Bueno, algo le dije a Héctor de si quería pasarse, pero no me confirmó nada.

—Pues has hecho bien en venir, chico. Tómate una copa.

—Es que he venido en coche y tampoco me puedo desmadrar, pero te lo agradezco—le contestó un tanto desconcertado porque apenas supiera de su existencia. En teoría, claro, porque en la práctica yo le ponía cada día la cabeza como un bombo a mi amiga con él.

—Pues, aunque solo sea una copa, bebe, que la vida es breve.

—Tiene razón Marta, brindemos por muchas noches de fiesta, jefe.

—Ni se te ocurra decirme jefe aquí, que puedo morirme de la vergüenza.

—¿Qué me dices? ¿Te da corte? Un momento, por favor, parad la música que os voy a presentar a mi jefe.

—Pero mujer, ¿cómo me haces esto? Que yo no estoy aquí en calidad de jefe tuyo—murmuró.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces en calidad de qué estás?

No es que me lo dejara claro, pero lo que sí lo estaba, y como el agua, es que acabamos la noche como no podía ser de otro modo. Porque sí tomamos varias copas y él no tuvo valor de irse.

Al final, lo de la habitación con la cama grande lo echamos a suertes y me terminó tocando a mí, aunque Marta estaba convenciendo a Gertrudis para que le pusiera una igual a ella. Y eso me vino genial cuando lo invité a quedarse.

En esa cama, Héctor me quitó el vestido de vampiresa y él también expuso ante mí esa maravilla de cuerpo que bien parecía haber sido esculpido a cincel y martillo.

Sobre ella, descubrimos nuevamente formas de fusionarnos todavía no experimentadas juntos. No en vano, se trató de la primera vez que el sexo salvaje que siempre practicábamos adquirió un tinte más íntimo y delicado, por lo que se recreó en que su lengua le diera placer a un clítoris que vibró al compás de sus sutiles toques.

Ardimos juntos mientras yo, poniendo foco en su mirada, degusté igualmente su pene de principio a fin; lentamente primero y más rápido después, incontables veces.

En las paredes de esa misma habitación comprobé también el morbo de ser embestida por esa otra zona que aún le quedaba por explorar, esa que quedaba más abajo de mi espalda y en la que entró con lentitud y delicadeza mientras me susurraba al oído palabras de esas que no están destinadas a revelarse.

Con los vellos de punta recibí aquel empujón final que le llevó a mi parte más interna, a esa donde juntos disfrutamos de una conexión tan íntima que creímos convertirnos en uno.

Ladeé mi cara, mientras seguía acodada en la pared y miré cómo me poseía desde atrás. Entonces comprendí que nadie, en ningún otro momento de mi vida, podría llegarme tan dentro como él, dicho sea también desde el lado más metafórico posible.

Con la sangre quemando nuestras venas, nos amamos hasta el amanecer, hasta probar todas las posturas posibles y algunas otras que nos lo parecían menos, hasta comprobar que nuestros cuerpos ardían juntos y que ese era un ardor que nos hacía revivir.

Con Héctor, aquella noche de Halloween jugué al más peligroso de los juegos; sin reservas, sin maquillaje, sin máscaras, sin miedo y con ganas, con muchas ganas...

En esa cama, Héctor me quitó el vestido de vampiresa y él también expuso ante mí esa maravilla de cuerpo que bien parecía haber sido esculpido a cincel y martillo.

Sobre ella, descubrimos nuevamente formas de fusionarnos todavía no experimentadas juntos. No en vano, se trató de la primera vez que el sexo salvaje que siempre practicábamos adquirió un tinte más íntimo y delicado, por lo que se recreó en que su lengua le diera placer a un clítoris que vibró al compás de sus sutiles toques.

Ardimos juntos mientras yo, poniendo foco en su mirada, degusté igualmente su pene de principio a fin; lentamente primero y más rápido después, incontables veces.

En las paredes de esa misma habitación comprobé también el morbo de ser embestida por esa otra zona que aún le quedaba por explorar, esa que quedaba más abajo de mi espalda y en la que entró con lentitud y delicadeza mientras me susurraba al oído palabras de esas que no están destinadas a revelarse.

Con los vellos de punta recibí aquel empujón final que le llevó a mi parte más interna, a esa donde juntos disfrutamos de una conexión tan íntima que creímos convertirnos en uno.

Ladeé mi cara, mientras seguía acodada en la pared y miré cómo me poseía desde atrás. Entonces comprendí que nadie, en ningún otro momento de mi vida, podría llegarme tan dentro como él, dicho sea también desde el lado más metafórico posible.

Con la sangre quemando nuestras venas, nos amamos hasta el amanecer, hasta probar todas las posturas posibles y algunas otras que nos lo parecían menos, hasta comprobar que nuestros cuerpos ardían juntos y que ese era un ardor que nos hacía revivir.

Con Héctor, aquella noche de Halloween jugué al más peligroso de los juegos; sin reservas, sin maquillaje, sin máscaras, sin miedo y con ganas, con muchas ganas...

Capítulo 23



A partir de aquella noche las cosas cambiaron... Y no porque Héctor diera un paso adelante, uno de esos pasos que yo me moría por vivir, sino más bien porque yo ya no podía verlo como antes.

—Te lo prometo, Martita, voy a tratar de pasar de él—le confesé unos días después, pues Héctor cada vez me dolía más.

—¿Cuántas veces te he escuchado decir eso?

—Pero ahora va en serio, es que no veas si estoy sufriendo. Cada día se me hace más cuesta arriba lo de verlos juntos y no puedo engañarme, él no la va a dejar.

—Pues si tan claro lo tienes, yo de ti me echaba a un lado y dejaba que la parejita se las prometiera muy felices, que ya verás lo bien que les va a ir como tengan la feliz idea de casarse un día.

—Eso es algo que debe traerme sin cuidado, el que les vaya bien o mal, pero a mí esto me va a costar la salud, no me encuentro ni bien.

—Oye, canija, yo te lo iba a decir, pero como sé que lo estás pasando regular me he cortado un poco.

—¿Qué me ibas a decir, cariño?

—Que no te veo demasiado bien, esa es la verdad.

—¿Y eso? Pero si me he comprado las planchas esas nuevas y ahora llevo el pelo todos los días que ni de peluquería.

—Ya, ya. Mucha plancha, mucha plancha, pero tú tienes unas ganas de comer que no veas.

—Jo, pues anda que si te escuchara mi madre. Andando le parecería a ella que las ganas de comer son malas.

—No, las ganas de comer no, pero es que en tu caso para mí que es ansiedad pura y dura. Y eso es porque no está centrada, y menos desde que apareció él la otra noche en la fiesta.

—Es verdad, es que soy un poco tonta, ¿no?

—¿Por hacerte ilusiones? Hombre, yo te voy a decir la verdad; en tu caso también me las habría hecho. Y mucho más con lo bueno que está el tío, que mira que con Agustín al final estoy que no cago, pero que no hay color, hija de mi vida.

—Ya, es guapo a reventar, eso sí.

—¿Guapo? Es un muñeco, con esos ojos verdes y esa planta, que te dan ganas de que te coja así y que te empiece poniendo para Cuenca, pero que termine por lo menos poniéndote para Honolulu.

—Ey, tú, que te estás emocionando mucho.

—Pues eso, que es normal que te den ganas de comer cuando sientes que no lo puedes tener del todo como tú querrías, yo lo entiendo. Pero quédate con una cosa, con los lotes que os estáis dando, que esos no los tienes que devolver.

—No, solo me faltaba eso, tenerlos que devolver, guapa.

—Oye, jodida, porque lo tuyo es ansiedad solo, ¿no?

—¿Y qué otra cosa podría ser si no?

—Hombre, que yo en estos días he pensado que pudiera haber bombo a la vista.

—¿Bombo? ¿Un bebé?

—No, me refiero a un camello. Pues claro, mujer, a un bebé, pero no, ¿no?

—No, cómo va a ser eso, claro que no.

—Ok, porque tú la regla la tienes controlada y eso, ¿no?

—¿La regla? Ya sabes que yo no soy precisamente como un reloj, mi regla va y viene, por libre.

—Vale, vale, ¿y puede ser que tengas un retraso?

s

—Mujer, que entiendo que muy lista no me consideres por liarme con mi jefe que encima tiene novia, pero no te pases, por retrasada no me tengo.

—Un retraso en la regla, anormal, en la regla.

—Ups, pues eso puede ser, que ni cuenta le he echado al tema.

—Muy bien, así se hacen las cosas. Pues nada, ahora mismo me voy para la farmacia y salimos de dudas.

—¿Qué dices? Que tampoco hay motivo para eso.

—Mira, yo entiendo que te vayas por la patilla solo de pensarlo, pero tú rara estás un montón y yo ya no me quedo tranquila.

—Tú misma, pero que ya son ganas de tirar el dinero. Si yo te digo que no, es que no...

—Vale, vale, ¿y puede ser que tengas un retraso?

—Mujer, que entiendo que muy lista no me consideres por liarme con mi jefe que encima tiene novia, pero no te pases, por retrasada no me tengo.

—Un retraso en la regla, anormal, en la regla.

—Ups, pues eso puede ser, que ni cuenta le he echado al tema.

—Muy bien, así se hacen las cosas. Pues nada, ahora mismo me voy para la farmacia y salimos de dudas.

—¿Qué dices? Que tampoco hay motivo para eso.

—Mira, yo entiendo que te vayas por la patilla solo de pensarlo, pero tú rara estás un montón y yo ya no me quedo tranquila.

—Tú misma, pero que ya son ganas de tirar el dinero. Si yo te digo que no, es que no...

Capítulo 24



—¿Que sí? No puede ser, este cacharrito debe estar equivocado, eso es imposible.

—Porque tú lo digas equivocado. El cacharrito no mete la pata, la pata la has metido tú y punto redondo.

—Qué ataque más gratuito, Martita, me está entrando un sofoco que me muero.

—Pues eso no procede, que estás embarazada, no menopáusica.

—Ay, ¡Dios mío! ¿Y ahora yo qué hago?

—¿Aceptar un abrazo?

—Sí, por favor, dame uno bien gordo porque me voy a poner a temblar como un flan, no sabes lo mal que me ha sentado este embarazo.

—Déjate de gaitas, el embarazo no te ha sentado mal, que estás muy guapa. A ti lo que te sienta mal es el miedo que te produce, que ese no es moco de pavo.

—¿Qué voy a hacer, Marta? ¿Qué voy a hacer? —Me eché a llorar mientras me abrazaba.

—Pues por lo pronto quitarte el miedo, porque ¿lo vas a tener?

—Sí, cariño, eso no lo dudes. Este niño va a nacer, por mucho que no tenga padre.

—¿Y quién te dice que no tiene padre? Lo tiene y ese debe apechugar también, que a ti el bombo no te ha caído del cielo.

—Ok, eso es cierto, pero lo último que quiero es que esté conmigo por pena. O algo todavía peor...

—¿Peor? ¿Qué temes?

—Que me ofrezca dinero para que me deshaga de él o algo, es que eso no lo podría resistir.

—¿Tan mezquino lo crees como para una cosa así?

—Pues mira, chica, no es que tenga ninguna razón para pensar así, pero me estoy poniendo en lo peor porque no quiero llevarme el gran chasco, prefiero estar preparada.

—¿Y por qué no puedes pensar un poquito en positivo? ¿Por qué todo tienen que ser chascos con los tíos? Mira mi Agustín cómo está conmigo.

—Eso es verdad, que no veas si se lo curra. No te imaginas las veces que he pensado que es mejor que no sean tan guapos y que estén ahí, mirándote como él te mira a ti.

—Pues mira, chica, sí, porque además es que el feo me ha terminado enamorando. Y tú me vas a hacer el favor de no tirar la toalla, que igual estás pensando súper mal y el chaval te da la sorpresa.

—¿Tú crees?

—¿Y por qué no? Fíjate, igual cuando se entere de que va a ser padre, pasa definitivamente del culo de la siesa de su novia.

—Es que yo no entiendo nada de lo que está haciendo con su vida, la verdad.

—Pues estará con la cabrona esa por costumbre o por lo que sea, pero pasa tres kilos de ella. No hay más que ver cómo te miraba a ti la otra noche, que eras la envidia de la fiesta.

—¿Se lo cuento entonces?

—¿Cómo que si se lo cuentas? ¿Tú crees que esto es algo que vayas a poder ocultar mucho tiempo? Un embarazo es como la verdad, que siempre sale a relucir, guapa.

Sentía que me ahogaba, pero un rayo de esperanza me alumbró, gracias a las palabras de Marta. ¿Y si había pensado demasiado mal de antemano? Que Héctor también sentía por mí era un hecho, así que igual era yo quien terminaba cantando victoria y la Barbie la que acababa mordiéndose las uñas a la altura de los codos.

Llegué a la oficina al día siguiente con el firme propósito de hablar con él, pero me encontré con un percal

impresionante porque todos estaban atareadísimos preparando la dichosa fiesta de jubilación de Don Adrián, por lo que me topé con un Héctor más estresado que el fontanero del Titanic.

—Amor, los del cáterin dicen que han tenido un problema y es probable que se nos quede parte del encargo colgado. Hay un virus de esos de veinticuatro horas entre sus empleados y les falta gente por todos los lados, el encargado está preinfartado—le comentó Paloma mientras que yo merodeaba por los alrededores con la esperanza de pillarlo un momento a solas.

—¿Qué clase de virus es ese? El que va a terminar preinfartado soy yo. Necesito que me ayudes más con todos los pormenores, ¿dónde estabas?

—Recogiendo mi vestido, es una maravilla y no hace falta que te diga que yo ya soy un símbolo de esta empresa y he de lucir como nunca.

1 —¿Recogiendo tu vestido? ¿Habrás horas en el día para hacer eso? Paloma, te necesito con los cinco sentidos puestos en que todo salga bien y no solo en que tú parezcas una diva de Hollywood sobre la alfombra roja.

2 —No te pongas así, amor. Yo no soy la culpable de que las cosas fallen, seguro que todo se va arreglando.

—¿Sí? Porque el pianista se cayó por las escaleras hace un par de días y todavía no me han llamado para comunicarme quién lo sustituirá.

—¿Por las escaleras? ¿Y le ha pasado algo?

—¿Tú qué crees? Se ha descalabrado y puesto la boca como las teclas del piano, a juego.

—¡Uff, le queda una buena de dentista! Lo digo por experiencia...

A pesar de que yo estaba con un ataque de nervios, me dio la risilla con lo de los dientes y la experiencia, que esa seguía con la boca que parecía que se había metido una patata entera dentro.

—Sí, y a mí también me queda una buena de aquí a mañana, que parece que los problemas están procreando, no sé qué más me va a pasar—suspiró él.

Hay momentos en la vida en los que las casualidades te paralizan y eso fue lo que me ocurrió a mí en aquel, pues entendí que Héctor estaba totalmente sobrepasado y el hecho de que los problemas “procrearan” no me pareció que diera pie a que yo le contara que nosotros también habíamos procreado y que yo le iba a dar el notición estrella de su vida.

l

s

y

Capítulo 25



Me sentía fuera de lugar en aquella fiesta tan glamurosa, pero si algo nos había dejado Héctor claro a todos los trabajadores era que su padre deseaba que asistiéramos, por lo que lo hice.

En mi caso, acudí con un precioso vestido en gris perla que Marta me había prestado y que solo se puso una vez, el verano anterior para la boda de una prima suya. Los complementos sí que me los compré para la ocasión y, pesa a que la procesión iba por dentro, todos me alabaron a mi llegada.

Entre ese “todos”, me llamó la atención la dulzura de Andy, que no me quitaba la vista de encima y que acudió enseguida a traerme una copa, en cuanto mis compañeras del batallón de limpieza se dispersaron un poco.

—¿Brindamos? —me preguntó intentando ponerla en mi mano.

—No, lo siento, no puedo.

—¿No puedes brindar conmigo? ¿Te estoy molestando?

—No, claro que no, es solo que no puedo beber alcohol, soy yo quien lo siente.

—Mujer, pero que una copita no creo yo que te siente tan mal, ¿no?

—De veras, es que no puedo.

—Vale, vale, ¿te apetece que te traiga otra cosa? ¿Un refresco, una botella de agua?

—No, muchas gracias, de veras que no.

Comenzaba a notarme de lo más sensible e hice por ir al baño a calmarme un poco.

Por el camino me encontré con un elegantísimo Héctor, que vestía de esmoquin y que estaba para chillarle.

Aunque a la que de verdad había que chillarle, pero por motivos distintos, era a la sosa de Paloma, que lo llevaba cogido del brazo como si se le fuera a escapar, en un gesto de lo más ridículo.

Ni que decir tiene que lucía un vestido que debía costar una brutalidad, pero que en honor a la verdad no le favorecía demasiado porque me pareció...

—Demasiado barroco, el vestido es demasiado barroco, ¿verdad? —me preguntó Eva que a esa sí que no se le iba ni una.

—Sí, estaba buscando el término en mi cabeza, pero tú lo has encontrado antes.

—Pues sí, chica, ¿vas al baño?

—Sí, sí, voy al baño. Estoy un poco indispuesta.

e

—No me extraña, a mí me han dado hasta cagaderas antes de venir porque no estoy acostumbrada a las fiestas de tanto postín y una teme meter la pata.

—Tampoco será para tanto, mujer.

—No, si no debería, pero es que hay que ver cómo están los ánimos últimamente por la oficina, ¿sabes? El otro día la escuché rajando de Héctor con su suegra.

—¿A Paloma?

—Sí, a la mismísima Paloma, que por lo visto está muy quejosa de que todavía no estén prometidos. Y tenías que escucharla, menudo cabreo tenía.

—¿Y la suegra qué le decía?

—Que tuviera paciencia, pero que los de la Sera eran hombres de palabra.

—Ya, de palabra.

— Y a mí no me extraña, porque a los empleados siempre nos han dado todo lo prometido. Mira que yo soy una chismosa, pero en eso mentiría si dijera lo contrario.

Me metí en el baño y esperé hasta que Eva se fuera porque no tenía ganas de seguir escuchando cosas de ese estilo que, dadas las circunstancias, me hacían muchísimo daño.

Me retoqué, porque me notaba un tanto ojerosa, y noté que comenzaba a sentir hambre y un antojo irresistible de canapés, por lo que pensé que al menos a esos sí que podría hincarles el diente aquella noche.

—¿En qué piensas? —me preguntó Andy cuando me pilló mirando a la parejita.

—En nada, tenía la mente en blanco...

Pero no, no le dije la verdad. Pensaba en lo diferente que me resultaba aquella fiesta a aquella otra, la de Halloween, mucho menos elegante, pero sorprendente y con final feliz; pensaba en que daría lo que no tenía por ocupar su lugar y ser yo la que pudiera gritarle al mundo que era mi amado; pensaba en que debía buscar la oportunidad y que no pasara de esa noche. Héctor tenía derecho a saber que iba a ser padre y yo tenía derecho a no pasar por aquel trance sola.

—Sí, te he visto un tanto distraída, ¿te apetece que bailemos?

—No gracias, en otro momento. Hoy es que me siento algo indispuesta.

—¿Indispuesta? Pues yo he notado que tienes apetito.

Me quedé un poco cortada, porque no podía negar que me había puesto ciega a canapés, pese a mi supuesta indisposición.

Desde el discreto segundo plano que ocupaba, pude observar una vez más la complicidad entre suegra y nuera. La primera, que se presentó igual de recargada que la segunda, toda ostentación, se deshacía en atenciones con la otra péfida, que más de una mirada de asco me dedicó.

Y quien también dedicó, pero unas preciosas palabras, fue Héctor a su padre, para quien terminó pidiendo un fuerte aplauso y despidió como “mi mentor, mi maestro en la vida y mi más leal consejero”. Tras ello y, cuando todos esperábamos que la música continuara, solicitó un poco más de atención y le pidió a Paloma que se acercara.

— Familiares, amigos, compañeros... Quiero aprovechar esta ocasión para hacer un anuncio que también os compete, pues todos y cada uno de vosotros conocéis mi relación con Paloma. Dado que hace ya un tiempo que ambos compartimos nuestras vidas, creo que ha llegado el momento de unirlos. Hace unos instantes se lo he pedido y ella me ha dicho que sí, por lo que me complace anunciaros que pronto contraeremos matrimonio.

Don Adrián, pero, sobre todo la malvada de Amelia, fueron los primeros en comenzar a aplaudir. El resto no tardó en seguirlos y yo lo que no tardé fue en marcharme.

Decir que se me revolvió el estómago sería quedarme muy corta. Lo que sentí fueron unas increíbles ganas de echar hasta la primera papilla.

Lo que menos podía imaginarme ocurrió en el momento más inoportuno... Qué injusto me resultaba todo, Paloma acababa de ganarme por goleada incluso antes de comenzar el partido.

Qué momento tan amargo el que viví en unos segundos que se me hicieran horas. Qué dolor tan intenso...

Mientras corría hacia el exterior, vi que Héctor me buscaba con la mirada; una mirada verde que dejé atrás con paso firme y decidido, subiéndome en un taxi que me llevara de vuelta a casa.

³Sentada en él, abracé mi vientre y con él, al fruto de mis entrañas, a mi futuro bebé.

l
a

5

Decir que se me revolvió el estómago sería quedarme muy corta. Lo que sentí fueron unas increíbles ganas de echar hasta la primera papilla.

Lo que menos podía imaginarme ocurrió en el momento más inoportuno... Qué injusto me resultaba todo, Paloma acababa de ganarme por goleada incluso antes de comenzar el partido.

Qué momento tan amargo el que viví en unos segundos que se me hicieran horas. Qué dolor tan intenso...

Mientras corría hacia el exterior, vi que Héctor me buscaba con la mirada; una mirada verde que dejé atrás con paso firme y decidido, subiéndome en un taxi que me llevara de vuelta a casa.

Sentada en él, abracé mi vientre y con él, al fruto de mis entrañas, a mi futuro bebé.

Mis redes sociales:

Facebook: [Hugo Sanz](#)

Instagram: @hugosanz.autor

Amazon: relinks.me/HugoSanz

Mis redes sociales:

Facebook: [Hugo Sanz](#)

Instagram: [@hugosanz.autor](#)

Amazon: [relinks.me/HugoSanz](#)